

MEMORIA CONMEMORATIVA

50 ANIVERSARIO EDITORIAL COSTA RICA
1959-2009



MEMORIA CONMEMORATIVA 50 ANIVERSARIO ECR
©Editorial Costa Rica
Teléfono: (506) 2233-0812. Fax: (506) 2233-5091
Apartado postal 10 010-1000, San José, Costa Rica
Correo electrónico: produccion@editorialcostarica.com
www.editorialcostarica.com

Dirección editorial y producción: Marianela Camacho Alfaro
Asistentes de edición: Maricela Mora y Mabel Morvillo
Colaboraron en la recopilación de materiales:
Carmen Juncos, Mía Gallegos, Gabriel Baltodano y Óscar Montanaro
Diseño, diagramación y portada: Priscila Coto
Retoque fotográfico: Felipe Fernández

Primera edición:
Editorial Costa Rica, San José, 2009

Derechos reservados conforme
a la Ley de Derechos de Autor
y Derechos Conexos. D. R.

686

M533m *Memoria conmemorativa 50 aniversario* -1ª ed -
San José : Editorial Costa Rica, 2009.
84 p. ; 22 x 22 cm.

ISBN 978-9977-23-909-5

1. Editorial Costa Rica – Aniversarios. I. Título.

DGB/CP

09-09

Prohibida la reproducción total o parcial.
Todos los derechos reservados.
Hecho el depósito de ley.

Contenido

Editorial Costa Rica	vii
<i>Medio siglo para la educación y la cultura</i>	ix
<i>En el aniversario de la Editorial Costa Rica</i>	xi
<i>Una vieja amiga... ¿o será joven?</i>	xv
<i>El 50 aniversario de la Editorial Costa Rica</i>	xvii
<i>Mensaje para la Editorial Costa Rica</i>	xix
<i>Editorial Costa Rica, su Asamblea,</i> <i>y la Asociación de Autores: entidades hermanas</i>	xxi
<i>La Imprenta y la Editorial</i>	xxiii
Antecedentes	1
<i>La ley de creación</i>	6
<i>Desde 1990 hasta hoy</i>	31
Imprenta Nacional y los libros	39
Galería: 50 Años de portadas	44
Anexos.....	54
<i>Facsimil del Proyecto de ley para la creación de la Editorial Costa Rica</i> ...	54
<i>Presidentes del Consejo Directivo</i>	57
<i>Gerentes de la ECR</i>	58

Editorial Costa Rica

1959-2009

Esta memoria intenta recuperar algunos hitos de 50 años de historia de la Editorial Costa Rica. Pretende, además, recordar a los visionarios que la fundaron, a quienes rigieron su destino en estas décadas y a los autores y las autoras costarricenses. Es de esperar que se convierta en un punto de referencia para quienes en el futuro habrán de establecer y continuar su rumbo.

Es asimismo un reconocimiento a las personas que a lo largo de medio siglo procuraron mantenerla viva y encauzarla, según sus propias visiones. A los funcionarios que, tanto en épocas de esplendor como en otras de difícil tránsito, brindaron sus aportes.

Más allá de concordancias o discrepancias, de conflictos o turbulencias, las acciones de quienes sucesivamente tuvieron la responsabilidad de regir el destino de la institución, han estado impulsadas por la intención de editar y dar a conocer las obras de escritoras y escritores nacionales.

Hoy, la Editorial Costa Rica tiene en su haber logros significativos que evidencian el interés de un país pequeño, con recursos limitados, por contar con una casa editorial que, como empresa pública, ha sostenido su particular misión de difusora de la cultura nacional.

Medio siglo para la educación y la cultura

La editorial del pueblo costarricense celebra su primer medio siglo de trabajo. Lo hace rebotante y jubilosa, alegre y cargada de entusiasmo. Sabe su gente, como lo sabe su pueblo, que estos cincuenta años han deparado una cosecha muy abundante y variada. Sabemos que, además, el semillero cultivado germina aún hoy en todos los géneros de la literatura nacional. Han sido cinco décadas de la mano con la educación y la cultura nacionales, suficientes para poder afirmar que no existe un solo habitante de nuestro país, que en ese lapso temporal no haya tenido en sus manos un libro publicado bajo el sello de la Editorial Costa Rica.

Para fundarla, se destaca el trabajo tesonero de don Fernando Volio Jiménez, sumado a los sueños y el esfuerzo de un grupo de intelectuales costarricenses, que resentía la ausencia de una Editorial Nacional que respaldara y materializara sus sueños y trabajos concretos. Es don Fernando, como diputado, quien logra alcanzar el apoyo del Congreso de la República para su nacimiento mediante la Ley 2266; ley que, además, ordena fundar la Asociación de Autores de obras Literarias, Artísticas y Científicas de Costa Rica.

Esta es la Editorial del pueblo costarricense, porque nace por iniciativa de sus artistas y jamás se ha apartado de la misión que se le encomendó, consistente

en poner sus obras publicadas en todos los hogares nacionales, sin distinción de sus estados económicos y sociales. Este ha sido su derrotero sin ninguna duda. Más de mil títulos publicados son una muestra de su logro histórico.

El pueblo ha sido generoso con su editorial. Por un lado, compra las obras que se publican, y por otro, le permite con sus impuestos poner su producto cultural final en cualquier hogar. Campesinos, obreros, empleados públicos, intelectuales, ricos y pobres, se han cultivado e instruido leyendo y estudiando los millones de páginas impresas con lo más notable de la producción artística, literaria y científica de sus autores y autoras.

Nuestras obras le han dado la vuelta al mundo, de tal manera que muchas de ellas se encuentran en las colecciones de Bibliotecas Nacionales y privadas de otros países de todos los continentes. Ese sello que utilizamos, emblema que identifica nuestra patria, es reconocido a simple vista por la población lectora de habla hispana. Entonces podemos afirmar que hemos cooperado con la construcción de un mundo de paz y justicia; un mundo progresista en el que las ideas prevalezcan sobre la violencia y la destrucción.

Saludamos a nuestro pueblo generoso, dedicándole a él, este medio siglo de construcción de educación y cultura. Sin duda, el esfuerzo de todas las personas que han laborado en esta institución, se ve recompensado por un país que le apuesta a la educación para alcanzar su desarrollo.

Claudio Monge Pereira
Presidente, Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica



En el aniversario de la Editorial Costa Rica

*El libro, artefacto amigable por excelencia, portátil camarada,
compañero fiel de todas nuestras fantasías y reflexiones,
probablemente se re-pensará en este siglo XXI, en términos de
sostenibilidad, por el tema del papel y la tala de árboles. Esos mismos
términos nos hacen valorar este objeto sencillo que, cuando bueno, es
de duración ilimitada.*

Aún tengo entre mis libros ediciones clásicas y contemporáneas compradas por tres o seis colones a fines de los sesenta o al inicio de los setenta. ¿Qué mejor compra que estas? Hoy me acompañan y me produce nuevas ideas e imágenes cuando los releo, gracias a unos pocos colones muy bien invertidos en mi imaginación. En el fondo, en la producción de sentidos sobre el mundo... sentidos no encasillados, sino que siempre nuevos y frescos, con cada relectura. ¿Dónde encontrar algo tan durable y productivo como el libro?

El libro en mi lengua me escolta desde pequeña. Ni mi infancia ni mi juventud ni mi vida serían lo mismo sin él. Gracias a muchas casas editoriales leí a Guimarães Rosa, a Mario Vargas Llosa, a Borges, a Cortázar. Gracias a la Editorial Costa Rica leí a Carmen Lyra, a Lilia Ramos, a Herrera García, a Yolanda Oreamuno, a Calufa, a Luisa González, a Joaquín Gutiérrez... Ahora el libro

compite con un torrente de formas que incitan a divertirse o distraerse, a comunicarse o a aislarse, a comprender o a distorsionar, a deleitarse o a frustrarse, a informarse o a desinformarse...

Leí un resumen de estudios sobre la operación del cerebro ante la lectura y ante el medio audiovisual en el *New Yorker*, cuyos resultados plantean que una persona que lee un guión escrito para la televisión retiene en su memoria mucho más información que la que mira el programa de televisión del mismo guión. Además, la persona que lee, frente a la que mira la televisión, es más capaz de detectar contradicciones, de analizar las ideas que se transmiten y de encontrar fallas en la lógica argumentativa de lo que se presenta. De aquí, la importancia esencial de la lectura para la democracia. De aquí, el reto para la Editorial Costa Rica. Las personas que leen, nos dicen estos estudios, tienen mejor criterio para analizar y, por lo tanto, para elegir, que quienes miran imágenes que transmiten el mismo contenido.

Recuerdo haber acompañado al entonces y hoy Presidente de la República, don Óscar Arias Sánchez, en su primer Gobierno, en los años ochenta, a inaugurar una Biblioteca. En su discurso destacaba la lección inigualable de democracia que nos dan las bibliotecas, donde conviven las tesis más contradictorias una al lado de la otra, sin distinciones más que de un número de clasificación, para que el lector acuda a ellas, a las que quiera, y decida por sí mismo sobre los asuntos que le interesan. El acervo de sabiduría humana que se deposita en las bibliotecas y las librerías, que contribuyen a construir las casas editoriales, está abierto a la disidencia y a la diferencia y, con esa apertura, reivindica e institucionaliza el derecho a escoger a conciencia —a través de la responsabilidad de la lectura y la reflexión que ella provoca— lo mejor para nuestra sociedad. Esta tarea de elección es muy compleja: no pasa únicamente por la lectura y la reflexión; pero ellas son condición necesaria, aunque no suficiente, de la democracia.

Para fomentar una cultura democrática en nuestro país con la acción de la Editorial, hay que enfrentar los retos del momento; hay que combinar los medios electrónicos de comunicación y acceso al conocimiento y la cultura

universales con los libros; hay que participar en el fomento del amor a la riqueza de nuestro idioma, como herencia invaluable de siglos de siglos. En un país altamente alfabetizado, contamos con una enorme ventaja para la proyección a la mayoría de nuestros habitantes.

En los años por venir, nuestra Editorial deberá incrementar su servicio a la educación de los costarricenses, investigando y complaciendo sus gustos y necesidades, y comprendiéndolos como diversos y multiculturales, pero, también, planteando retos al público lector, a partir de la insoslayable solidez económica, que permita apoyar la difusión de libros caracterizados por la innovación, la audacia, la creatividad y la experimentación imaginativas.

María Elena Carballo Castegnaró
Ministra de Cultura y Juventud



Una vieja amiga... ¿o será joven?

Cumplir cincuenta años es siempre un evento notable: cincuenta, cin-cuenta, sin cuenta... Dicen que después es mejor no contar, pero esta cumpleañera se empeña en seguir contando: contando años, contando cuentos, contando historias, contando letras y palabras y versos que por cincuenta años han formado una vida o, más exactamente, han formado la vida de muchos que, gracias a la Editorial Costa Rica, hemos tenido acceso fácil y cómodo –como se suele decir en algunos noticieros– a las obras de muchas de las mejores plumas ¿teclados, habrá que decir? costarricenses. Cincuenta años de hacer algo que está bien claro en sus objetivos: “anteponer, en beneficio de la cultura costarricense, las metas de la difusión cultural a las de tipo comercial”.

La Editorial Costa Rica no la ha tenido fácil y ha pasado por altas y por bajas. Pero hoy, a sus cincuenta años, encontramos una Editorial Costa Rica que se renueva, que lucha por reencontrar su lugar en un mundo que sin duda cambia –cambian los gustos, cambian los medios, cambian las estrategias– pero también un mundo en el que permanece el gusto y la necesidad por la buena lectura y la urgencia de espacios institucionales que descubran, rescaten y promuevan las letras costarricenses.

Sería imposible e injusto hacer un listado que pretenda ser completo o siquiera balanceado, así que recuerdo simplemente algunas de esas obras o autores que –en lo personal– me regaló la ECR para su lectura, algunas hace ya mucho tiempo: ¿Cómo olvidar a la *Tía Panchita*, las *Alas en fuga*, las *Concherías* –pocas lecturas obligatorias nos hacían reír como estas– o algunos otros cuentos que se nos colaron en la infancia? Luego vendrían las poesías de Debravo a marcarnos a todos; las grandes novelas como *El sitio de las abras* o *Mamita Yunai*; o comedias sociológicas como *Las fisgonas de Paso Ancho*, que fuimos disfrutando ya adolescentes. Claro, y la poesía ¿a qué joven no zarandea la poesía? A Debravo se sumaron tantos autores: Julieta Dobles, José María Zonta, Ana Istarú... En fin, cualquier lista se queda corta pero esta corta lista debe servir su propósito: la Editorial ha estado ahí, aquí... contándonos a lo largo de sus cincuenta años mucho de lo más importante que se ha escrito por estos lados, estimulándonos a leer más –de más acá y también de más allá– y a gozar más de la lectura, de esa inevitable compañera de la vida pues ¿qué sería una vida sin lectura?

Como en cualquier cumpleaños, toca hoy celebrar “la media teja” a esta muchacha que se empeña en seguir acompañándonos, entreteniéndonos, molestándonos, inspirándonos, cuestionándonos... en fin, dándonos en qué pensar, de qué hablar y, sobre todo, dándonos algo para sentir, para sentirnos, para ser.

¡Felicidades!

Leonardo Garnier Rímolo
Ministro de Educación Pública



El 50 aniversario de la Editorial Costa Rica

La década de 1950 tiene la especial particularidad de que constituye un estructural punto de inflexión en la historia institucional de la sociedad costarricense. El así denominado “Estado Benefactor” emprendió en ese momento su complejo proyecto por desarrollar y consolidar en el país una nueva institucionalidad democrática, dentro de la que alcanzan a tomar un lugar central, precisamente, las instituciones del sistema educativo y de la cultura.

La difusión de las producciones artísticas y culturales, actividad compleja por su diversa naturaleza, necesariamente llegaría a verse interpelada en el marco de aquella coyuntura y convocada a desarrollarse con un mayor dinamismo y mediante una mayor institucionalización.

A mediados de la década de 1950, algunas de las más importantes personalidades artísticas y literarias del momento pasan a integrar una comisión, que tiene como finalidad redactar el anteproyecto del que llegaría a emerger posteriormente la creación de la Editorial Costa Rica. Cabe destacar en dicha comisión la participación de Virginia Grütter, Fabián Dobles, Carlos Salazar Herrera, Eduardo Jenkins, Gilberto Murillo, Antonio Lehman, Antidio Cabal y Fernando Volio Jiménez. En 1958, el diputado Fernando Volio presenta la propuesta de proyecto a la Asamblea Legislativa y, finalmente, el 10 de junio de 1959 la Asamblea aprueba la ley de creación de la Editorial Costa Rica.

La creación de la Editorial Costa Rica se inscribe en la trayectoria de una nueva etapa histórica que marcará sustantivamente la construcción de la cultura y del desarrollo de la educación en Costa Rica. La preocupación central que impulsa la elaboración del proyecto tiene como punto de partida, según se declara en su propio texto, “la manifestación lenta”, pero con “creciente fuerza”, de las actividades literarias y artísticas en el país.

De igual manera, la iniciativa indica la inexistencia de medios de publicación apropiados, mediante los cuales “nuestros poetas, escritores y artistas” puedan “hacer llegar a conocimiento del público la existencia, realidad y calidad de sus obras”. A lo que el texto del proyecto agrega: “Causa principal del fallo lo ha sido la absoluta falta de apoyo económico, cuyo origen debe buscarse en que no ha sido juzgado jamás negocio provechoso la publicación de libros o la reproducción artística”.

La contribución de la Editorial Costa Rica se concentra desde un inicio en la perspectiva por proporcionar a la producción artística y literaria del país, una posibilidad concreta de proyectarse a la sociedad costarricense, así como trascender las fronteras nacionales. La labor de la Editorial es concebida, además, como una estrategia mediante la cual se busca que las generaciones jóvenes interesadas en la producción artística y literaria, no abandonen sus iniciativas por falta de apoyo y, en su lugar, puedan encontrar en la Editorial un lugar propicio para el desarrollo de sus disposiciones y de sus capacidades creativas.

Conforme su quehacer se fue desarrollando y consolidando a lo largo de los años subsiguientes, la Editorial Costa Rica hoy constituye, sin lugar a dudas, una de las más importantes instituciones de la cultura con que el país y la sociedad costarricense cuentan.

Valga la ocasión del 50 aniversario de su creación, para manifestar nuestra mayor complacencia y hacer votos porque la Editorial Costa Rica continúe desarrollando y profundizando la valiosa labor que a lo largo de todos estos años ha cumplido, en beneficio del arte y de la cultura costarricense.

Yamileth González García
Rectora de la Universidad de Costa Rica

Mensaje para la Editorial Costa Rica

*La Universidad Nacional se siente complacida
de participar en la celebración del cincuenta
aniversario de la Editorial Costa Rica.*

El papel de esta editorial es meritorio de reconocimiento, pues su labor de promoción de las obras literarias, artísticas, informativas y científicas ha permitido que el público disfrute de todo ese conocimiento a través de libros bellamente editados.

El criterio de pluralidad y representatividad que la ley asigna a esta editorial, le otorga a la Universidad una participación directa en su Consejo Directivo. Esto supone, primero, el compromiso de velar por la eficiente operación de la editorial; segundo, una gran oportunidad para promover el desarrollo literario de nuestro país.

Vivimos en un mundo cambiante y tecnificado. La información fluye a través de las redes de ordenadores. Con todo y la novedad de los cambios, los libros conservan su vigencia y han adquirido un nuevo valor. Para los niños y los adultos siempre es muy grato, luego de una extensa jornada, poder tomar un libro y deleitarse con su mensaje.

En este sentido contribuye el trabajo de la Editorial Costa Rica; esta es una de las instituciones con mayor valor cultural de nuestra Nación; esto nos debe llenar de orgullo.

Olman Segura Bonilla
Rector de la Universidad Nacional



Editorial Costa Rica, su Asamblea, y la Asociación de Autores: entidades hermanas

En junio del presente año 2009, la Editorial Costa Rica (nacida con el nombre de Editorial Nacional), llega a la madura edad de cincuenta años, cumpliendo su cometido principal de ser partícipe de la educación y culturización de nuestro pueblo. Técnicamente, la Asociación de Autores de Obras Literarias, Artísticas y Científicas de Costa Rica (AAOLAC-CR), comparte por igual este acontecimiento histórico, puesto que ambas entidades nacen en el marco y mandato de la misma ley 2366, del 10 de junio de 1959.

Sin apropiarnos del típico lenguaje de los abogados, digamos que en varios artículos de la referida ley, se destaca la pertinencia de la Asociación en relación con la Asamblea de Autores de la Editorial Costa Rica, máximo órgano de la institución. La Asociación, entonces, es el ente catalizador de los miembros para dicha Asamblea, y, de cierta manera, el órgano fiscalizador de ambas instancias. Ciertamente, la Asociación, en algunas oportunidades a lo largo de su evolución y hasta el año 2000, descuidó este importante compromiso, debido a directivas irresponsables y fácilmente manipulables.

Así las cosas, desde el inicio del presente siglo, hemos apoyado a la Editorial luchando contra varios e importantes embates promovidos por personas

inescrupulosas, que jamás entendieron el significado del decoro y la transparencia en una institución pública.

Asimismo, podemos atestiguar con agrado el buen rumbo, la seriedad y la nitidez, con que hoy se conduce la administración de la Editorial en todas sus vertientes. Entonces, nuestro aporte a todo el gremio de las y los escritores nacionales y al público en general, es cooperar para restituir la confianza en su casa editora, lo cual obviamente, nos ha generado ataques de algunos detractores y disociadores y que hemos enfrentado con estoicismo.

Cabe aclarar que importantes miembros de la Asociación, han ocupado el cargo de Presidente del Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica. A manera de ejemplo citamos al Dr. Claudio Monge Pereira, quien fue reelegido en 2006 por la Asamblea de Autores para el Consejo, y asimismo ratificado cuatro veces en la presidencia del Consejo. Igualmente, la reelección del Prof. Ramiro Rodríguez Vargas también en el 2006, en su puesto de Director y nombrado coordinador de la Comisión de Administración y Finanzas de la Editorial, así como representante de la institución ante la Junta Directiva de la Imprenta Nacional. Acudimos a estos ejemplos, pues ambos ciudadanos son miembros registrales de la Junta Directiva de la Asociación.

Es así, que desde estas líneas saludamos a la Editorial Costa Rica en su cincuenta aniversario, evocando a sus empleados y escritores, que con su empeño han logrado restaurar sus velas, que ya flotan airosas en el espacio cultural de nuestro pueblo.

Jorge Trejos Valverde
Representante de la Asamblea de Autores
ante el Consejo Directivo de la ECR
y Presidente a.i. de la Asociación de Autores de Obras Literarias,
Artísticas y Científicas de Costa Rica

La Imprenta y la Editorial

La historia de la Editorial Costa Rica camina al lado de la Imprenta Nacional, van de la mano, como hermanas, compañeras que acarician los mismos fines, que se complementan y crean una sinergia única, cuyos efectos repercuten sobre un activo vital para la cultura nacional, los libros.

Por eso al hablar de los cincuenta años de la Editorial Costa Rica, no se puede dejar de lado a la Imprenta Nacional, socia honorable de sueños y quimeras, almas gemelas en el tránsito de la utopía, en la antesala de la palabra, donde la pluma germina, el pensamiento echa raíces y abre el espacio para que los autores estampen con su creatividad las hojas del fruto de esta unión.

Cincuenta años para algunos parece poco, para otros una eternidad, para la Imprenta Nacional es como verter un río de tinta sobre miles y miles de hojas de papel, donde los trazos matizados de magia se transforman en verbos, en conjunciones, en frases disjuntas buscando ansiosas el hilo conductor que le dé sentido y oportunidad, para llegar al alma del lector y estremecerlo.

Para estas dos instituciones públicas el libro es el medio, la cultura el motivo y los lectores el destino. Es un hacer conjunto de infinita majestad, en el que se multiplica la palabra y se esparce como semilla de esperanza, como resplandor inefable que intenta iluminar la conciencia colectiva y enriquecer el imaginario nacional.

Como la rosa y el aroma estamos unidas, desde siempre, desde que sus precursores la soñaron y posiblemente hasta que la tecnología redefine la forma de hacer los libros.

Ana Durán Salvatierra
Presidenta, Junta Administrativa
de la Imprenta Nacional



Antecedentes

1940-1950

Diversos hechos evidencian la condición de la Costa Rica de los años cuarenta, como contexto para enfocar lo relativo a la educación y la cultura de su pueblo.

En este marco, destacan situaciones que constituyen los antecedentes que propiciaron la creación de la Editorial Costa Rica como resultado de las inquietudes intelectuales de algunas figuras del mundo de la cultura –cuyo epicentro se ubicaba en San José–, y las fuerzas ideológicas que generaron, a su vez, los procesos sociopolíticos de la década.

Rafael Cuevas, en *El punto sobre la i*, *políticas culturales en Costa Rica (1948-1990)*, menciona que los más relevantes intelectuales y artistas del país en esa época –Carmen Lyra, Isaac Felipe Azofeifa, Francisco Amighetti, Roberto Brenes Mesén, Joaquín García Monge– quienes escribían en las páginas de *Repertorio Americano* (la revista que editaba García Monge), caracterizaban a Costa Rica como “aldeón” y “recoleta”; Azofeifa llega a hablar de la “semicultura costarricense”.

Por ello, la creación –en 1940– de la Universidad de Costa Rica constituye un acontecimiento nacional de tal magnitud que el día de su inauguración, en



Isaac Felipe Azofeifa.

marzo de 1941, amaneció de fiesta y se decretó asueto “para todos los empleados del orden administrativo cuyas funciones lo permitan”.

A las iniciativas del gobierno se sumaban otras, de carácter individual: las de algunos intelectuales que sentían un fuerte llamado a liderar acciones para el mejoramiento de la educación y la cultura.

Estos hechos ponen de manifiesto una voluntad de cambio y revelan cuán urgente era la existencia de una casa editora. Como señala Cuevas, “en el medio costarricense se estaba haciendo presente la necesidad de crear una editorial del tipo de la que más tarde se llamó Editorial Costa Rica. Sin embargo, los primeros intentos de crearla se frustraron”.



Joaquín García Monge.

Durante esta década, García Monge realizaba una importante labor de difusión de las letras a través de diversas publicaciones, entre las que destaca *Repertorio Americano*. Esta tarea lo llevó incluso a desplazar su actividad como escritor en beneficio de la edición, para dar oportunidad a poetas, escritores y pensadores costarricenses, quienes compartieron esas páginas con figuras internacionales. Ante esta creciente sed de pensamiento y comunicación, el mismo García Monge propone crear una editorial nacional. Su propuesta fue muy bien acogida, pero no llegó a concretarse.

Esta iniciativa surgía en una época marcada por la crisis política y social que habría de conducir a los hechos violentos de 1948, los cuales produjeron una fisura social y, a la vez, cambios trascendentales; fue una revolución que orientó e impulsó diversas formas de desarrollo en el país. Según Jorge Valdeperas, en su obra *Para una nueva interpretación de la literatura costarricense*, después de esa fecha aumentó la producción literaria nacional, como respuesta a una política de expansión cultural.

Otro hecho revelador de los cambios socioculturales del país es la creación de la Editorial de la Universidad de Costa Rica (1946-1947). Durante su primera época esta publicaba obras de carácter académico, bajo la figura de Oficina de Publicaciones que mantuvo hasta la década de 1970, según detalla Iván Molina. Con el paso de los años se convirtió en un espacio de edición de materiales típicamente literarios; a este esfuerzo se integraron luego las editoriales universitarias del Instituto Tecnológico de Costa Rica, Universidad Nacional y Universidad Estatal a Distancia.

Asimismo, la escritora Emilia Macaya recuerda que su padre, Enrique Macaya Lahmann, (quien fue luego Presidente de la primera Junta Directiva de la ECR), y su tío José Joaquín Trejos, ligado al negocio de impresión, fundaron la Editorial Letras Nacionales. Bajo este sello, sin embargo, solo se publicaron *Ese que llaman pueblo* (1942) y *Aguas turbias* (1943) de Fabián Dobles, emparentado políticamente con los dueños de la Imprenta Trejos por su esposa, Cecilia, junto con las novelas *El valle nublado* de Abelardo Bonilla y *Pedro Arnáez* de José Marín Cañas.

Durante la mitad del siglo XX, este afán por enriquecer la producción cultural y facilitar su acercamiento con la sociedad costarricense se percibe también en las labores y propuestas de algunos jóvenes actores y dramaturgos, agrupados luego bajo la figura del Teatro Universitario.

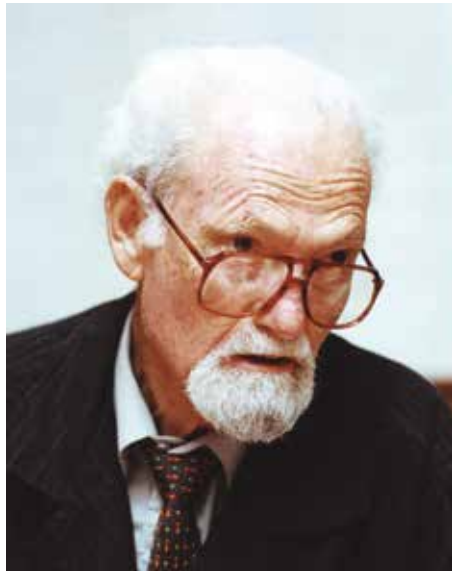
Cuevas menciona que en esos años, como respuesta a las demandas de los sectores intelectuales, se crearon otras tantas instituciones como la Sociedad de Geografía e Historia (1940), la Academia Nacional de Grabado (1941), el Conservatorio Nacional de Música (1941), la Orquesta Sinfónica Nacional (1942) y la Academia de Artes, Oficios e Industrias (1943), entre otras.

A este contexto de expansión del sector cultural y, en consecuencia, de las instituciones educativas y artísticas, se suman las inquietudes de los creadores y las expectativas de una sociedad deseosa de acceder a las artes y las letras.

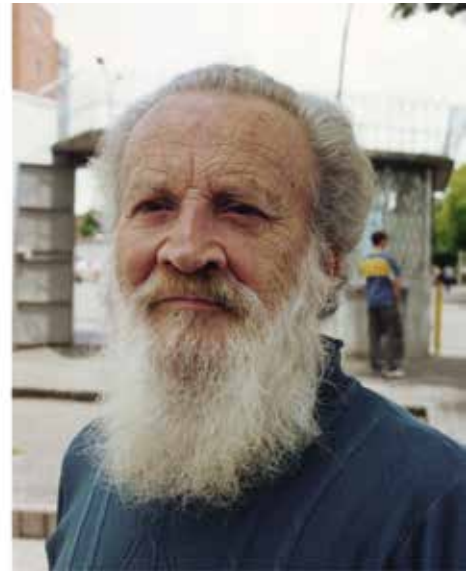


Enrique Macaya Lahmann.

Esta era la coyuntura propicia para que el diputado Fernando Volio Jiménez, con el apoyo de autores y artistas, creara una comisión para redactar el proyecto de ley que daría vida a la editorial. Esta estaba compuesta por Fabián Dobles, Antidio Cabal, y el mismo Volio, quienes elaboraron una primera propuesta que fue presentada al Consejo de Gobierno y este no la aprobó. Con todo, la Comisión no desistió de lo que consideraba una necesidad.



Fabián Dobles.



Luis Ferrero.

Sin embargo, el Presidente de la República, José Figueres Ferrer, por decreto del 12 de abril de 1958, creó la Editorial Costarricense que estuvo a cargo de la Asesoría de Castellano del Ministerio de Educación Pública.

Ese mismo año se abrió el Departamento de Publicaciones del Ministerio de Educación Pública, bajo la tutela de Estela Quesada. Allí se editaron obras de autores nacionales, es una colección denominada "Escritores Costarricenses",

la cual fue orientada como lectura de los estudiantes de enseñanza media. Colaboraron con esta labor Fernando López Cruz, Cecilia Valverde Barrenechea, Luis Ferrero, Hernando Arias Gómez, Lilia Ramos y otras distinguidas personalidades. En un prólogo que se hiciera del libro *Cuentos grises* (1958), de Carlos Gagini, se lee lo siguiente: “Cumple el Ministerio, así, con un deber muy grato y espera ir ampliando esta labor cada vez más, en la medida de sus posibilidades. No sólo los autores consagrados, nuestros clásicos, tendrán acogida en estas ediciones. También los nuevos, los que hoy día trabajan y se esmeran por aumentar nuestro patrimonio cultural”. Palabras que preanuncian los principios que regirían más tarde la tarea de la editorial nacional.

Con el término de la guerra civil, la sociedad costarricense experimenta una serie de tensiones y cambios profundos. Las nuevas propuestas políticas y el afán por modernizar al país influyen de manera considerable en el imaginario nacional. En las dos décadas anteriores, Max Jiménez, José Marín Cañas y otros autores de importancia se encargaron de señalar con sus obras la crisis de una metáfora basada en el ambiente rural, la armonía y la inocencia. Durante el cuarenta, la narrativa y el teatro centran su interés en las problemáticas provocadas por la pobreza y la marginación. Con esto, se recorre el trance entre la advertencia, la constatación y la necesidad de la reforma.



Lilia Ramos.

1950-1960

La década del cincuenta supone un periodo de consolidación para esta clase de poéticas. La novela costarricense retrata, con recelo, las historias de los desposeídos y olvidados, a la vez que sitúa el origen de su sufrimiento en los emisarios de la ciudad y el orden. Cuando mira dentro de lo urbano, percibe también el menoscabo de lo antiguo, de lo propio y de la solidaridad. Cercano a estas inquietudes, un porcentaje considerable de la producción ensayística examina la temática de la identidad costarricense y regional. Entre tanto, la actividad teatral crece como consecuencia de las meditaciones y ejercicios de jóvenes actores y dramaturgos, conocedores de las tendencias en boga.

La ley de creación

En 1959, el proyecto elaborado por la comisión (ver anexo) se presentó a la Asamblea Legislativa y fue al fin aprobado como Ley Editorial Nacional No. 2366, el 10 de junio de ese mismo año, durante la administración del presidente Mario Echandi Jiménez. Con la aprobación de la ley se creó la Asamblea de Autores, que en los siguientes treinta días debía nombrar al Consejo Directivo de la actual Editorial Costa Rica.



Roberto Brenes Mesén.

La idea de asociar a los autores habría surgido en 1939, con Roberto Brenes Mesén, quien había fundado la Asociación de Autores y Escritores de Costa Rica, un dato que Cuevas recupera del *Repertorio Americano*.

Sobre este acontecimiento, Eugenia Zavaleta Ochoa, en su artículo “Leyes y Decretos: una postura estatal en la cultura y en la formación de un mercado de arte en Costa Rica (1959-2005)”, señala que: “A finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, el Estado empezó a participar en la promoción de la cultura en una forma más activa. La evidencia inobjetable es la creación de tres leyes relativas a la creación de la Editorial Costa Rica, los Premios Nacionales y la Dirección General de Artes y Letras. Con la formulación de la ley de creación de la Editorial Costa Rica, comenzó a haber una política cultural estatal. Sin duda, en este momento, se empezó a estructurar y a desarrollar –en forma sistemática– una armazón legal para perfilar lo que sería el ámbito cultural de las siguientes décadas”.

Según Iván Molina, “en un principio la ECR fue un proyecto liberacionista en el cual participaron políticos e intelectuales de entonces, como Volio, Alberto Cañas y otros. Pero como los literatos de más renombre del momento eran gente de

izquierda, ellos adquirieron importante presencia en la Editorial, como es el caso de Carlos Luis Fallas, Fabián Dobles, Virginia Grüter”.

Y reflexiona Molina: “¿Por qué razón se da esto? Porque cuando se funda la ECR ya los libros de Calufa, por ejemplo, habían sido traducidos a otros idiomas y él ya era una figura reconocida en el mundo como escritor. En general, la gente de izquierda tenía un gran capital literario y por eso pudieron ganar espacios en la Editorial en ese momento. Es decir, fue por mérito literario, de autorías, no por cuestiones de orden político”.

De este modo, la Editorial inicia su camino con una vocación de apertura hacia las expresiones literarias y culturales, un perfil que ha procurado mantener a lo largo de su historia de cinco décadas. De ahí lo expresado por la escritora Carmen Naranjo en una entrevista, “la creación de la ECR fue la iniciativa de dar un lugar en el país y en el mundo a la literatura costarricense”.



Fernando Volio Jiménez.

Desde los años cincuenta y durante los sesenta, la lírica escrita en Costa Rica adopta senderos que la conducen hacia un ámbito cada vez más amplio; lejos de los temas de lo inmediato, los poetas, en su mayoría, reflexionan y escriben acerca de la substancia poética, es decir, acerca de la escritura y el oficio de autor, sobre la novedad y la tradición. En abierta campaña contra los códigos realistas, procuran utilizar un lenguaje donde impere el experimento y la ruptura. Para otros, el poema equivale a un arma, y la poesía, a un sitio o postura desde donde se habla en favor de los oprimidos. Con los años, este tipo de poesía recibirá el polémico título de comprometida.

1960-1970



Francisco Amighetti y Julián Marchena.

El 4 de mayo de 1960 se instala en San José el primer Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica. Este se hallaba integrado por:

Presidente: Enrique Macaya Lahmann
Secretaria: Lilia Ramos Valverde
Asistente: Arturo Echeverría Loría
Suplentes: Fernando Centeno Güell
Isaac Felipe Azofeifa
Marcelino Antich Camprubí

También se integra en esa fecha un Comité de Selección –origen de la labor propiamente editorial–, en el cual participaron personalidades del mundo cultural como Alfonso Ulloa, Gonzalo Dobles, Francisco Amighetti, Julián Marchena, Abelardo Bonilla, Arturo Agüero, Juvenal Valerio y Carlos Meléndez. Estos nombres revelan la seriedad con que el proyecto fue asumido y la avidez de un medio que veía en la naciente Editorial el cauce para el cumplimiento de sus expectativas. Como respuesta, es relevante destacar que entre 1961 y 1966 se editaron 50 títulos.

Durante el primer periodo se publicaron las obras que iniciaron el fondo editorial. Con el propósito de ilustrar la calidad de estos textos se ofrece un listado de las diez primeras obras aparecidas bajo el nuevo sello:

- *Al través de mi vida*, de Carlos Gagini¹
- *A lo largo del corto camino*, de Yolanda Oreamuno
- *Arqueología criminal americana*, de Anastasio Alfaro
- *Memorias*, de Mario Sancho
- *Obras completas*, de Mario Alberto Jiménez (Tomos I y II)
- *Monseñor Sanabria*, de Ricardo Blanco Segura

1 Estas obras se publicaron con tirajes que oscilaban entre los 500 y 2.000 ejemplares.

- *Rapsodia de América*, de José Basileo Acuña
- *Los viajes de Cockburn y Lievre por Costa Rica*, de Cockburn
- *El luto robado*, de Alberto Cañas

Estos títulos reflejan la diversidad de temas y géneros que eran considerados. A tal grado es esto una realidad que resultó necesario –entre 1961 y 1966– emplear una clasificación que diferenciaría las portadas y orientaría a los lectores. La solapa de *Memorias*, de Mario Sancho, contiene una explicación para este practica: “Los volúmenes de nuestra colección se clasifican, conforme a su tema, en las series que se señalan con los siguientes colores: **Poesía**, anaranjado; **Novela, Cuento y Crónica**, rojo; **Biografía y Ensayo**, azul; **Teatro**, verde; **Ciencias**, morado; y **Arte**, negro”.

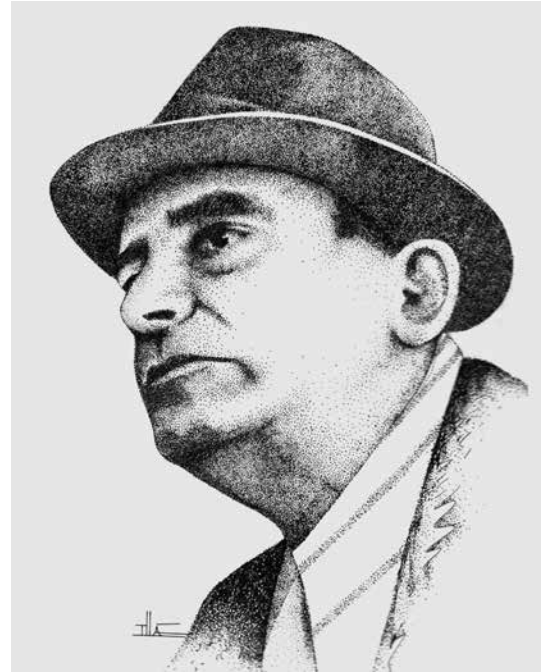


La ECR publicó –entre 1962 y 1966– una “cantidad de libros sin precedentes en el país”, según lo expresa Alberto Cañas. Cuevas destaca que el concepto de “literatura” empleado para referirse a esta producción debe tomarse en un sentido amplio, pues también se publicaron estudios históricos, jurídicos, ensayos de la más diversa índole, memorias, biografías, entre otras obras. Además de novelas, cuentos, poesía, piezas dramáticas y otros géneros tradicionalmente considerados como literarios.

En este mismo periodo se inició la publicación de la *Biblioteca de autores costarricenses*, la cual además de los diez títulos ya mencionados, incluía obras como:

- *Teatro completo*, de Carlos Gagini
- *Obras literarias e históricas*, de Manuel Argüello Mora
- *Francisco y los caminos*, de Francisco Amighetti
- *Reflexiones sobre educación*, de José Joaquín Trejos
- *La hora de los vencidos*, de Samuel Rovinski
- *Cuentos de angustias y paisajes*, de Carlos Salazar Herrera
- *Lumbre en el hogar*, de Lilia Ramos
- *Tratado de los bienes*, de Alberto Brenes Córdoba
- *Cosecha mayor*, de Alfredo Cardona Peña
- *Vida y obra del doctor Clodomiro Picado*, de Manuel Picado Chacón

Como se percibe tras un breve examen de los títulos incluidos prevalece el objetivo de mostrar en su amplitud la producción literaria e intelectual del país; se editan obras y autores del siglo XIX como Manuel Argüello Mora, obras que luego se convertirían en clásicos de las letras contemporáneas y textos de primera necesidad.



Alfredo Cardona Peña.

Posteriormente, se dieron a conocer nuevos autores y obras, algunas de las cuales formaron parte de la colección *Poetas nuevos de Costa Rica* y de la *Colección Popular*. Entre estas:

- *Memorias de un pobre diablo*, de Hernán Elizondo Arce
- *Indias y españolas*, de Isabel Alfaro de Jiménez
- *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica*, de Constantino Láscaris
- *El hilo de Ariadna*, de León Pacheco
- *Alas en fuga*, de Julián Marchena
- *Melico*, de Manuel Segura Méndez
- *Júbilo y pena del recuerdo*, de Lilia Ramos
- *El domador de pulgas*, de Max Jiménez
- *Alajuelita*, de Ricardo Ulloa Barrenechea



Jorge Debravo.



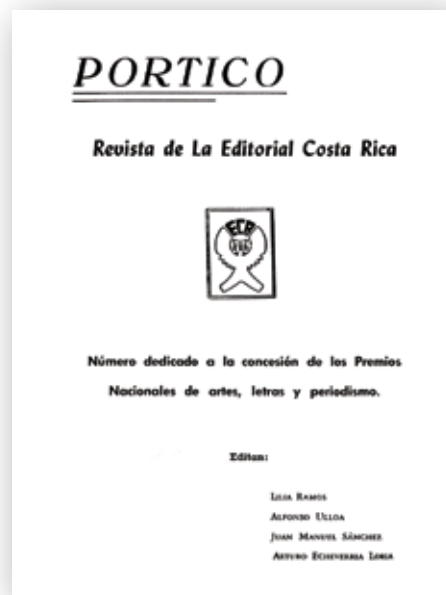
Julián Marchena.



Carlos Meléndez.

- *Al paio*, de Jorge Montero M.
- *La Costa Rica de don Tomás de Acosta*, de Ligia Estrada Molina
- *El costumbrismo en Costa Rica*, de Margarita Castro Rawson
- *Capítulos de la historia financiera de Costa Rica*, de Cleto González Víquez
- *Aquí y ahora*, de Alberto Cañas
- *El aire, el agua y el árbol*, de Victoria Garrón de Doryan
- *Corazón de una historia*, de Ricardo Ulloa Barrenechea
- *Himno al medio día*, de Fernando Luján
- *Nosotros los hombres*, de Jorge Debravo
- *Antología poética*, de Roberto Brenes Mesén
- *Selecciones*, de Manuel de Jesús Jiménez
- *El delfín del Corubicí*, de Anastasio Alfaro
- *Cuentos*, de Carlos Gagini
- *El caso Nietzsche*, de Moisés Vincenzi
- *La poesía en Costa Rica*, de Manuel Segura Méndez
- *Los reinos de mi mundo*, de Alfonso Chase
- *Baratijas de antaño. Memorias*, de José F. Tristán
- *Veinticinco dibujos*, de Jorge Gallardo
- *Veinticinco dibujos*, de Sonia Romero
- *Lenguas indígenas actuales*, de Víctor Manuel Arroyo
- *Juan Vásquez de Coronado*, de Carlos Meléndez

Cabe destacar que en 1963 aparece el primer número de la revista *Pórtico*, editada por la ECR hasta 1965. Este es el primer esfuerzo de difusión del que se tiene registro en esta casa editorial. En su primera página se lee: “Pórtico es la revista literaria y de propaganda de la Editorial Costa Rica. Sale a la luz pública, confiada en que se le acogerá con entusiasmo. Es una



revista abierta que luchará por el mejoramiento cultural del país. La Editorial Costa Rica pretende llenar un vacío en nuestro ambiente. Los escritores costarricenses, tendrán en *Pórtico* un medio para el intercambio de ideas. De este modo, establecerá un vínculo espiritual cuya ausencia se hace sentir en todas las latitudes de la República”.

Como se registra en esa publicación, en estos primeros años de funcionamiento, las oficinas de la ECR se convirtieron en centro de reuniones de artistas e intelectuales. La editorial se sentía honrada al contar con la presencia de figuras como el filósofo Moisés Vincenzi, los poetas Julián Marchena, José Basileo Acuña, Mario Picado y Alfonso Ulloa, el narrador Carlos Salazar Herrera, los artistas plásticos Francisco Amighetti, Juan Manuel Sánchez y Jorge Gallardo.

La ECR participaba también en actividades que, como se ha dicho, surgían en una sociedad deseosa de mayores alturas en materia cultural, a partir de las iniciativas y el apoyo estatal; tal es el caso de los Juegos Florales, organizados y llevados a cabo por la Dirección General de Artes y Letras, la Asociación de Autores y la Editorial, según se menciona en *Costa Rica contemporánea: raíces del estado de la Nación*, de Juan Rafael Quesada y Daniel Masís.

Parte de la tarea de difusión de la ECR, los Juegos Florales Centroamericanos obedecían al propósito de dar a conocer y premiar a los artistas y escritores, estimulando de esa manera la creación artística y el desarrollo cultural. Era esta una actividad anual a través de la cual se convocaba a concursos en diferentes ramas de las artes y las letras, según explica Zavaleta.

Para continuar con este esfuerzo de promoción cultural, la ECR colaboró con la reciente Dirección General de Artes y Letras (1963). El fin de este organismo era estimular, proteger y divulgar las artes; su primer director fue el arquitecto y pintor Rafael *Felo* García; luego esta Dirección se transformaría en el Ministerio de Cultura.

Hacia el año 1965, algunos jóvenes autores –como Jorge Debravo, Laureano Albán, Ronald Bonilla y Alfonso Chase– se acercan a la Editorial e incluso



Eunice Odio.

se incorporan al Consejo Directivo. Además de dar a conocer su propia obra, procuran promover la recuperación de autores aún inéditos y propiciar la edición de obras de escritores significativos como Yolanda Oreamuno, Eunice Odio, Vicente Sáenz, Carlos Luis Fallas, Joaquín Gutiérrez, Fabián Dobles y Carmen Lyra, entre otros.

Durante este periodo, la ECR afronta serios problemas económicos, probablemente porque carecía de estrategias modernas y eficaces para sus ventas, y ni siquiera contaba con un local propio. Esta circunstancia afectó, naturalmente, su producción y limitó el número de obras publicadas. Sin embargo, en 1967 se emprende un proyecto cuyo propósito consiste en superar las dificultades; así, se inició la publicación de la serie *La Propia*, que se mantuvo hasta 1971. Conviene recordar algunos títulos que conformaron esta serie:

- *A la luz del silencio*, de German Salas
- *Anuario de cuento costarricense 1967*, de varios autores²
- *Caña brava*, de Luis Dobles Segrega
- *De la ruta de la vida*, de Cipriano Güell
- *Don Rafael Iglesias: apuntes para su biografía*, de Hernán Peralta
- *El crimen de Alberto Lobo*, de Gonzalo Chacón Trejos
- *Este hombre*, de Laureano Albán
- *Juan Varela*, de Adolfo Herrera García
- *Lázaro de Betania*, de Roberto Brenes Mesén
- *Luzbel*, de Gonzalo Arias Páez
- *Los contratos Webster-Mora y las implicaciones sobre Costa Rica y Nicaragua*, de Paul Woodbridge
- *Memorias de un hombre palabra*, de Carmen Naranjo
- *Memorias de un pobre diablo*, de Hernán Elizondo



Adolfo Herrera García.



Carmen Lyra.

2 Los relatos seleccionados pertenecen a Enrique Guier, Alberto Cañas, Carmen Naranjo, Francisco Zúñiga, Ricardo Blanco Segura, Carlos Salazar Herrera, José León Sánchez, Jorge Charpentier, Xenia Villegas, Samuel Rovinski, Hernán Elizondo Arce, Cléber A Ruiz, Fabián Dobles, Mario González Feo, Jorge Debravo.

- *Obras breves del teatro costarricense (Tomo I y II)*, de autores varios³
- *Puerto Limón*, de Joaquín Gutiérrez
- *Tierra marinera*, de Fernando Luján
- *Tres cuentos*, de Carlos Luis Fallas

El nombre de la colección alude a la polémica literaria de inicios del siglo XX, que enfrentó dos posiciones divergentes ante la literatura. Para algunos debían privilegiarse los temas nacionales; para otros, los extranjeros. De ahí, que *La Propia* se relacione con el valor de lo autóctono, de lo costarricense.



3 Tomo I: *Germinal*, de Jorge Orozco; *Juego limpio*, de Alfredo H. Castro; *La espera*, de Arturo Echeverría Loria; *Astucia femenina*, de Lupe Pérez Rey. Tomo II: *Preludio a la noche*, de Enrique Macaya; *Gobierno de alcoba*, de Samuel Rovinski; *La voz*, de Carmen Naranjo; *El Héroe*, de Alberto Cañas.

Después del impulso generador y el entusiasmo de los primeros diez años de existencia de la ECR, la década de los setenta fue de enorme productividad. Si esa fue una “época dorada” para la cultura costarricense, la actividad de la ECR fue coherente con ese clima, dentro del cual se crea, en 1971, el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. Pero, aun cuando este periodo se inició en un contexto de prosperidad económica, derivó en una crisis mundial que incidió en el funcionamiento de la Editorial.

Con todo y esto, su presencia en el ámbito de la cultura siguió siendo relevante y a través de sus publicaciones se dieron a conocer nuevos talentos; asimismo, la Editorial promovió la aparición de otras expresiones literarias. Así, en 1972, se convoca el primer Certamen Carmen Lyra de Literatura Infantil y Juvenil, creado con el propósito de premiar anualmente y de manera alterna obras de ambos géneros. La primera obra ganadora fue *Algodón de azúcar*, de Lara Ríos, en 1975, pues en sus primeras versiones el certamen fue declarado desierto.

Este premio abrió la oportunidad para autores e ilustradores de incursionar en una modalidad que hasta ese momento había estado limitada al espacio pedagógico y marcó su desarrollo y consolidación en nuestro país. El certamen aún se convoca y ha permitido difundir las obras más representativas del género y a sus creadores, entre los que destacan Adela Ferreto, Carlos Luis Sáenz, Alfredo Cardona Peña, Delfina Collado, Floria Jiménez, Rodolfo Dada, Floria Herrero y Carlos Rubio, entre otros.

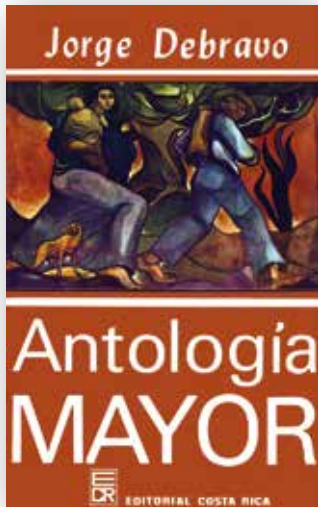
En tanto se procuran nuevos senderos para las letras nacionales, prevalece el afán, a la par, de difundir y conservar algunos de los clásicos de nuestra tradición. En



Adela Ferreto.

1973 comenzó a publicarse la colección *Nuestros clásicos*, que recogía títulos relevantes del fondo editorial y también la obra de nuevos autores, con lo cual respondía al objetivo fundamental de la Editorial. Algunos títulos aparecieron todavía en 1985. Integraban la colección:

- *Concherías*, de Aquileo J. Echeverría
- *Antología mayor*, de Jorge Debravo
- *Gentes y gentecillas*, de Carlos Luis Fallas
- *Poesías*, de Roberto Brenes Mesén
 - *Fadrigue Gutiérrez*, de Luis Dobles Segrega
 - *Crónicas coloniales*, de Ricardo Fernández Guardia
 - *Al través de mi vida*, de Carlos Gagini
 - *Poesías escogidas*, de Lisímaco Chavarría
 - *Memorias*, de Mario Sancho
 - *El paso de la vaca y otros relatos*, de Fabio Baudrit
 - *Relatos escogidos*, de Carmen Lyra
 - *Relatos escogidos*, de Yolanda Oreamuno
 - *Candelillas*, de Max Jiménez
 - *Poesía y prosa escogida*, de José María Zeledón
 - *El hijo de un gamonal*, de Claudio González Rucavado
 - *El primo*, de Jenaro Cardona
 - *Cuentos de Magón*, de Manuel González Zeledón
 - *Doña Ana de Cortabarría y otras noticias de antaño*, de Manuel de Jesús Jiménez
 - *La vida aventurera de Cristóbal Madrigal y otras noticias de antaño*, de Manuel de Jesús Jiménez
 - *Obra poética*, de Rafael Estrada
 - *Candelillas*, de Max Jiménez



La resolución de publicar la *Biblioteca Patria*, dirigida por Joaquín Gutiérrez, fue tomada por el Consejo Directivo el 14 de enero de 1975. Este supuso —en su momento— el proyecto editorial de mayor envergadura desarrollado en nuestro país. En la selección de contenidos ocupó un lugar central todo texto que tuviera, además de valor estético y cultural, vínculo con el estudio de la historia de Costa Rica. Incluyó obras fundamentales que ahondaban en el pasado, explicaban el presente y aspiraban a orientar con mayor responsabilidad hacia el futuro.

Reunió así libros que estaban agotados, o bien que no habían sido antes compilados o plasmados como tales, por falta de una entidad que estimulara este tipo de proyecto. Fue una genuina “biblioteca”, pues abarcó en sus 21 volúmenes el acontecer histórico, económico, ideológico, sociológico, etnográfico, filológico y científico de la nación, en sus obras:

- *El descubrimiento y la conquista*, de Ricardo Fernández Guardia
- *Conquista y poblamiento en el siglo XVI (Relaciones histórico-geográficas)*, de León Fernández Bonilla
- *Asentamientos, hacienda y gobierno*, de León Fernández Bonilla
- *Indios, reducciones y el cacao*, de León Fernández Bonilla
- *Población de Costa Rica y orígenes de los costarricenses*, de Víctor Sanabria
- *Costa Rica precolombina: arqueología, etnología, tecnología, arte*, de Luis Ferrero Acosta
- *Historia de Costa Rica durante la dominación española, 1502-1821*, de León Fernández Bonilla
- *Costa Rica en la independencia y la federación*, de Rafael Obregón Loría
- *Evolución de la instrucción pública en Costa Rica*, de Luis Felipe González Flores
- *Historia de la influencia extranjera en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica*, de Luis Felipe González
- *El sufragio en Costa Rica ante la historia y la legislación*, de Cleto González Víquez



Yolanda Oreamuno.



Manuel González Zeledón.



Ricardo Fernández Guardia.



Eugenio Rodríguez Vega.

- *Compendio de historia económica y hacendaria de Costa Rica*, de Tomás Soley Güell
- *Costa Rica y la guerra del 56 (La campaña del tránsito 1856-1857)*, de Rafael Obregón Loria
- *El pensamiento liberal*, de Eugenio Rodríguez Vega
- *Alfredo González Flores. Su pensamiento*, selección y prólogo de Alberto Cañas
- *Documentos fundamentales del siglo XIX*, de Carlos Meléndez
- *Ricardo Jiménez Oreamuno. Su pensamiento*, Eugenio Rodríguez Vega (selecc. y pról.)
- *El pensamiento contemporáneo. El pensamiento neoliberal*, de Eugenio Rodríguez Vega / *El pensamiento socialcristiano*, de Luis Demetrio Tinoco
- *El pensamiento social demócrata*, de varios autores
- *Diccionario de costarriqueñismos*, de Carlos Gagini
- *Plantas usuales de Costa Rica*, de Henri François Pittier



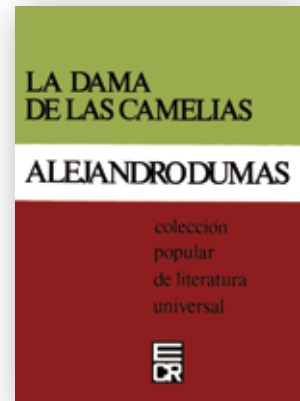
Entre 1975 y 1979, se editó la colección *Biblioteca del estudiante*, cuyos prólogos, selección y notas bibliográficas provenían de la pluma de Joaquín Gutiérrez, en algunos libros junto a Franklin Quevedo y en otros con Elena Nascimento. Estas obras reunían textos de diversos autores y estaban destinadas a diferentes niveles de la educación secundaria, en concordancia

con los programas implementados por el Ministerio de Educación, y en consonancia con lo establecido por la ley de creación de la Editorial. Componen la Biblioteca siete volúmenes, a saber:

- *Cuentos de Costa Rica, América y España*
- *Poesías de Costa Rica, América y España*
- *Poesía y cuento latinoamericano*
- *Poesía clásica española*
- *Poesía moderna española e hispanoamericana*
- *El Romanticismo, poesía y prosa*
- *Del Parnasianismo al Vanguardismo*

En estos años la ECR se enriqueció con el aporte de Víctor Julio Peralta, hombre de extensa cultura y amplia experiencia en el campo de la edición; por su iniciativa, a partir de 1976, apareció la *Colección popular de literatura universal* que incluía libros de autores de la talla de Cervantes, Quevedo, Wilde, Stevenson, Pérez Galdós, Chéjov, Twain, Ibsen, Dostoyevski, entre muchos otros. La colección llegó a contar con sesenta y nueve títulos, de los cuales los primeros diez publicados fueron:

- *Noches blancas*, de F. Dostoievski
- *Papá Goriot*, de H. de Balzac
- *El escarabajo de oro y otros cuentos*, de Edgar Allan Poe
- *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne
- *Cuentos*, de G. Boccaccio
- *Un corazón sencillo*, de G. Flaubert
- *Werther*, de W. Goethe
- *La hija del capitán*, de A. Pushkin
- *Historia de dos ciudades*, de C. Dickens
- *Bola de sebo*, de G. Maupassant



Con el propósito de incentivar el cultivo de la literatura entre las jóvenes generaciones, la ECR constituyó el Certamen Joven Creación. Las obras ganadoras, entre 1977 y 1984, se publicaron bajo la figura de colección, esta conservó el nombre del Premio. En su primera edición, en 1976, el jurado de cuento estuvo integrado por Joaquín Gutiérrez, Eugenio Rodríguez y Víctor Julio Peralta; las obras galardonadas fueron *Golpe de estado*, de Hugo Rivas y *Herejías para topos*, de Óscar Álvarez Araya. Los siguientes títulos también integran esta colección y pertenecen a los géneros cuento y poesía:



Joaquín Gutiérrez.

- *Golpe de albas*, Mía Gallegos
- *Poemas para un día cualquiera*, Ana Istarú
- *Tierra, tierra*, Pablo Ureña
- *Sonar de frente*, Ronald Bonilla
- *Enigmas y sacrilegios*, Óscar Álvarez
- *Los hechos semejantes*, Gerardo Morales
- *Las voces: nidos en las orejas del aire*, Nidia Barboza
- *Contra Atacando*, Macarena Barahona
- *Estación del asedio*, Miguel Fajardo
- *Insurrección de las cosas*, Miguel Alvarado
- *Cuerpos abandonados*, María Gabriela Chavarría
- *La mar entre las islas*, Guillermo Fernández
- *Mitomanías*, Rodrigo Soto
- *Para aprisionar nostalgias*, Jorge Arroyo
- *La mujer oculta*, José Ricardo Chávez
- *La vida entre los labios*, Carlos Rubio
- *La noche irreparable*, José María Zonta

El Certamen divulgó el trabajo de nuevos autores y autoras, con aportes estéticos y temáticos innovadores. De manera más reciente, han sido premiadas obras de Alí Viquez, Heriberto Rodríguez, Alejandra Castro, Laura Quijano, José Rojas Alfaro, José Alberto Jiménez y Carlos Alvarado.

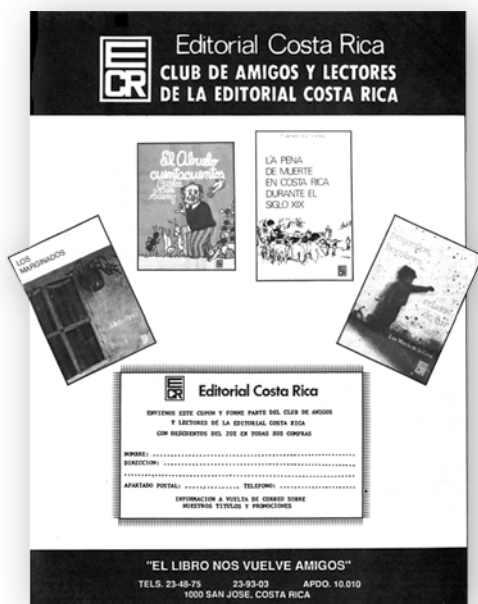
A finales de esta década y principios de los ochenta, diversos acontecimientos transformaron el panorama mundial. En el ámbito latinoamericano, puede señalarse “el triunfo y crisis de la Revolución Sandinista, incluyendo sus conexiones con Costa Rica”, como expresa Uriel Quesada en “Literatura costarricense: apuntes desde el margen”. Asimismo, se instauraron en El Salvador, Chile y Argentina las dictaduras militares que obligaron al exilio a quienes se oponían a estos regímenes. La migración de artistas, científicos y académicos, muchos de los cuales se radicaron en Costa Rica, modificó el ámbito de las expresiones locales de la cultura. Las reacciones de grupos estudiantiles universitarios y sus protestas para obtener mejores condiciones económicas, sociales y políticas también marcaron un cambio de paradigma, que en nuestro país se vio reflejado en un mayor compromiso sociopolítico con la región centroamericana.

Durante los setenta, los lectores de la literatura costarricense se encuentran ante un panorama complejo, pues tanto la cantidad como calidad y diversidad de las letras nacionales han experimentado un periodo de auge. Por una parte, algunos autores como Luisa González y José León Sánchez muestran, casi a modo de testimonio, las oscuras fronteras de la vida individual y colectiva. Por otra parte, la destrucción del ser humano a manos de la enajenación, las estructuras del poder y la soledad ocupan a escritores como Carmen Naranjo y Samuel Rovinski. La mudanza de los códigos morales estimula también la imaginación; los personajes de estos relatos no creen más en lo ordinario y común.



1980-1990

A partir de los años ochenta y hasta el término del siglo, prevalece un imaginario cuyo origen se encuentra en el desencanto. Las utopías sociales y políticas decaen a causa del desgaste del socialismo real y la anulación de los diferentes esfuerzos por integrar y dignificar el denominado “Tercer mundo”. La derrota, el deterioro de los vínculos de comunidad y la violencia se convierten en las temáticas recurrentes. Para enfrentar el mundo diseñado por el comercio internacional, la denuncia adquiere un tono burlón y cínico. Entretanto, la poesía acosa al discurso de los publicistas y el teatro penetra con agudeza en la historia, a la vez que la interpreta y rescribe.



Esta década, en palabras de Álvaro Quesada, refleja “un agudizamiento de los conflictos enmarcados en la «guerra fría» y el auge de procesos revolucionarios en Nicaragua, El Salvador y Guatemala”. Más tarde, hacia el final de la década, estos procesos se revierten, se habla entonces del término de los conflictos bélicos derivados del enfrentamiento de los bloques capitalista y socialista.

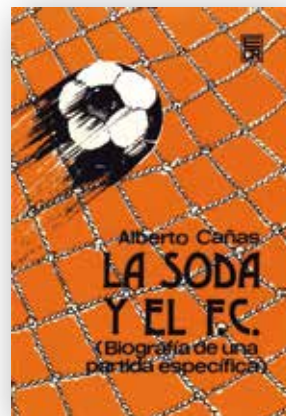
Se inicia un nuevo periodo histórico, determinado por la apertura económica; recibió el nombre de globalización o mundialización. Algunos sectores lo concebían como una amenaza que diluiría las fronteras nacionales y unificaría, bajo el signo del neoliberalismo, a un mundo organizado por el poder del capital transnacional como un único mercado.

Ese proceso político coincidió con la crisis económica que estalló con fuerza hacia 1980. Los efectos de la crisis fueron especialmente fuertes y duraderos en toda América Latina y el llamado “Tercer Mundo”, según se señala en *Breve historia de la literatura costarricense*.

Lo anterior repercutió decididamente en las políticas estatales del sector cultura, pues según Cuevas “esta situación originó que, por un lado, la preocupación del Estado por la identidad nacional y la cultura popular creciera y, por otro, delegara a la iniciativa privada algunas de las responsabilidades que hasta entonces había asumido”. Y concluye el investigador: “Este cambio implicó la modificación de la concepción dominante que se había manejado en el Ministerio sobre lo que es cultura...En estas circunstancias, son dos los proyectos del Ministerio que adquieren mayor protagonismo: el de las Casas de la Cultura y el de los Comités de Cultura”. Ambos buscaban aproximarse a nuevos actores sociales, más vinculados con las comunidades y los sectores populares, tal como se menciona en *Costa Rica contemporánea: raíces del estado de la nación*.

Estas transformaciones que van reconfigurando el espacio nacional impulsan a la Editorial en su afán de salvaguardar el patrimonio de los artistas costarricenses. En esta dirección, entre 1980 y 1984, se publicó la colección *Colibrí*, que constituye un nuevo esfuerzo por rescatar obras clásicas de la literatura nacional, como *En una silla de ruedas*, de Carmen Lyra; *Hijas del campo* y *Le-yendas y escenas campesinas*, de Joaquín García Monge; y *Por el amor de Dios*, de Luis Dobles Segrega, pero también por abrir espacios a obras de primera edición de autores consolidados y de otros noveles, como lo revelan los títulos que la componen:

- *Allá por la carpintera*, de Francisco Escobar
- *Cartas selectas de Joaquín García Monge*, Selección e introducción de Eugenio García Carrillo
- *Desaparecido*, de Virginia Grütter
- *El resplandor del ocaso*, de Francisco Soler
- *El santo, el niño y el mar*, de Hernán Elizondo Arce
- *El soñador del penúltimo sueño*, de Rafael Ángel Herra
- *Feliz año, Chaves Chaves*, de Alberto Cañas
- *La ciudad de cera: una visión sociológica de la vida*, de Francisco Escobar
- *La soda y el F.C.: biografía de una partida específica*, de Alberto Cañas





Carlos Luis Sáenz.

- *La ventana*, de Hernán Elizondo
- *María sin casa y sin amo*, de Alejandra Gutiérrez
- *San Isidro*, de Alicia Miranda Hevia
- *Una historia de pájaros y niebla*, de Francisco Andrés Escobar
- *Víspera*, de Jorge Blanco

Durante los primeros años de la década de los ochenta, se inició la publicación de la serie *Libros de poesía*, género que la ECR siempre acogió y privilegió a lo largo de los años. Esta colección, publicada entre 1980 y 1985, se integró con los siguientes títulos y autores:

- *Herencia del otoño*, de Laureano Albán
- *Poemas abiertos*, de Ana Istarú
- *Homenaje a don nadie*, de Carmen Naranjo
- *Augurios*, de Michelle Najlis
- *Memorias de desencuentro*, de Mariamalia Sotela
- *Canción*, de Isaac Felipe Azofeifa
- *Urgente búsqueda*, de Miguel Fajardo
- *10 canciones y tres odas*, de Alfonso Ulloa
- *Duermevela*, Lily Guardia
- *Cruce de vía*, Isaac Felipe Azofeifa
- *Ritmo héroe*, de Eulalia Bernard
- *Absurdo asombro*, de Mario Picado
- *Nuevos poetas costarricenses*, autores varios ⁴
- *Romancero Tico*, de Arturo Agüero
- *Los fértiles horarios*, de Carlos Fco. Monge
- *Hora de lejanías*, de Julieta Dobles
- *España: dos peregrinajes*, de Lil Picado
- *Libro de Ming*, de Carlos Luis Sáenz
- *Detrás de las palabras*, de Rosa Kalina



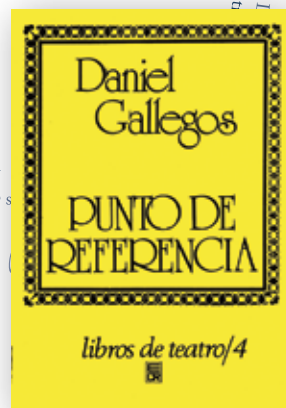
4 Silvia Mora Martínez, José Antonio Cabrera, Leonel Sanabria Varela, Francisco Javier Pérez Hidalgo, Luis E. Arce Navarro.

- *Nocturnal*, de Carlos de la Ossa
- *Cómo nacer al tiempo*, de Ricardo Ulloa
- *Orden vencido*, de Milton Zárate
- *Hijo de la tierra*, de Carlos Luis Sáenz
- *Radiante América*, de Rubén Vela
- *La resurrección de las sombras*, de José N. Mourelo
- *Monasterios de vidrio*, de Óscar Álvarez
- *La sombra vigilante*, de Milton Zárate
- *Orillas y caminos*, de Mario Picado
- *Aunque es de noche*, de Laureano Albán

La ECR cumplió también durante estos años con la tarea de publicar la obra de nuestros dramaturgos. El objetivo era evitar su marginación en el medio editorial. Así, se editó, entre 1980 y 1985, la colección *Libros de teatro*, que incluía: *Uvieta*, *Ni mi casa es ya mi casa* y *Oldemar y los coroneles*, de Alberto Cañas; *En el séptimo círculo*, *Los profanos*, *Punto de referencia* y *La casa*, de Daniel Gallegos; *Los nublados del día*, de Miguel Rojas, y *Tres obras de teatro*, de Samuel Rovinski.

Una tercera colección, entre 1980 y 1984, recogió el género ensayo con títulos como *Ensayos poemáticos*, de Fernando Centeno Güell, *Costa Rica, suiza centroamericana*, de Mario Sancho, *La huelga de brazos caídos*, de Roberto Fernández Durán y *El templo del jaguar*, de Óscar Álvarez.

La *Colección XXV aniversario*, bajo la dirección de Víctor Julio Peralta, fue el proyecto desarrollado para la celebración de esta festividad. Su publicación fue aprobada por el Consejo Directivo en 1983 y reunió treinta y una novelas que habían sido publicadas entre 1900 y 1983. La selección obedecía a su relación con la realidad cultural costarricense y a las facultades literarias de los narradores. En palabras de Peralta, “Cada una de las novelas revela, en efecto, momentos estelares del pueblo costarricense, sus luchas y sueños, sus angustias y esperanzas. Inquietudes, contradicciones, alegrías, miserias, y aún su propia indiferencia”.



Esta colección se integró con los siguientes tomos:

- *Hijas del campo, El moto, Abnegación*, de Joaquín García Monge
- *La esfinge del sendero*, de Jenaro Cardona
- *En una silla de ruedas*, de Carmen Lyra
- *La caída del águila*, de Carlos Gagini
- *El jaúl*, de Max Jiménez
- *La propia*, de Manuel González Zeledón; *Lázaro de Betania*, de Roberto Brenes Mesén; *Juan Varela*, de Adolfo Herrera García
- *Pedro Arnáez*, de José Marín Cañas
- *Ese que llaman pueblo*, de Fabián Dobles
- *Gentes y gentecillas*, de Carlos Luis Fallas
- *La ruta de su evasión*, de Yolanda Oreamuno
- *Los perros no ladraron*, de Carmen Naranjo
- *Noche en vela*, de Rima de Vallbona
- *El eco de los pasos*, de Julieta Pinto
- *Memorias de un pobre diablo*, de Hernán Elizondo
- *La colina del buey*, de José León Sánchez
- *A ras del suelo*, de Luisa González
- *Mansión de mis amores*, de Edelmira González
- *Murámonos Federico*, de Joaquín Gutiérrez
- *Una casa en el barrio del Carmen*, de Alberto Cañas
- *Ceremonia de casta*, de Samuel Rovinski
- *Los vencidos*, de Gerardo César Hurtado
- *Cachaza*, de Virgilio Mora
- *Final de calle*, de Quince Duncan
- *Los amigos y el viento*, de Virginia Grüter; *Los juegos furtivos*, de Alfonso Chase
- *San Isidro*, de Alicia Miranda Hevia; *Víspera*, de Jorge Blanco

UNA EXTRAORDINARIA COLECCIÓN DE NOVELAS COSTARRICENSES

Víctor Julio Peraíta
Director de la Colección

Con motivo de cumplirse en el presente año el 25 aniversario de la Editorial Costa Rica, su Consejo Directivo acordó la edición de una extraordinaria colección de 25 tomos que contendrá las más significativas novelas de autores costarricenses publicadas entre 1900 y 1983.

En el conjunto de las novelas extranjeras, y a cierta distancia, la novelística costarricense se percibe como un cuerpo solidario, con sentido de continuidad y de evolución, realizándose con dignidad las más de las veces, y aún con maestría en algunos casos, en esa búsqueda y manifestación de un sentido; acaso mejor, de nuestra esencia.

Como toda narrativa, se adhiere a una realidad histórica; en ella se encuentra en discusión, ciertamente, nuestra historicidad y su sentido. Y sin duda por su vinculación a esa particularidad, cada uno de sus discursos propone una interpretación a ese inintermittente transcurrir del tiempo humano y su peripécia política y social. Al cabo, el texto novelístico presupone que no existe historia sin sociedad, ni es posible concebir la sociedad sin historia.

En consecuencia, las 31 novelas que recogen los 25 tomos de la Colección expresan, con mayor o menor tensión de contenidos y diversos procedimientos técnicos formales, ochenta y tres años de vida costarricense: vasta corriente temporal que ha dejado, en cada una de estas obras, un debate o un esclarecimiento del valor y del significado de nuestra condición histórica y social.

Escogencia de las obras

La selección de las 31 novelas no fue tarea fácil. A partir de 1900 se inicia formalmente la novela costarricense con las obras de don Joaquín García Monge, *Hijas del campo*, *El moto* y *Abnegación* las cuales se incluyen, no sólo por razones de cronología, sino también de calidad.

Los interesantes intentos de Manuel Argüello Mora (*Margarita*, *Elisa Delmar*, *La trinchera*, que proceden de 1899) se quedan en los límites de la protonovela. De 1900 hasta 1983 se han escrito y publicado muchas novelas, algunas de cierto mérito. Más para formar la Colección se seleccionaron las más características, no sólo por la importancia de su tema dentro de la realidad cultural costarricense, sino además, entre otros elementos, por los medios literarios puestos en juego por el autor, de acuerdo con las exigencias de la propia obra y las circunstancias de espacio y tiempo en que ella fue elaborada; singularidades tradicionales en unas ocasiones, irrupción de aspectos de ruptura en otras, acordes con modernas estrategias.

Por demás está comentar lo que fue barajar tantas novelas y determinar cuáles de ellas integrarían la Colección y cuáles, si bien con calidad no incluirían en ella. El director de la Colección (con clara conciencia de que toda escogencia es un acto de arbitrariedad, hasta cierto



punto) presentó una relación de las obras más denotadas a su juicio, la cual con dos o tres salvedades prevaleció. Esa aprobación definitiva, después de una responsable discusión al respecto, correspondió, naturalmente, al Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica, en cuyo seno se encuentran muy distinguidos especialistas en la materia, y algunos de ellos son también prestigiosos escritores.

El caso de autores con varias novelas

En la coyuntura de un autor con varias novelas meritorias y dado que solamente una de ellas puede representarlo en la Colección, se optó por la más demostrativa de su estilo, la que mejor expresa lo esencial de sus facultades literarias.

Señeras narraciones son, por ejemplo, *Maníglar*, *Puerto Limón* y *Te acordás, hermano*, de Joaquín Gutiérrez. No obstante, la decisión se deslizó por el lado de *Murimónos*, Federico (Premio de novela "Editorial Costa Rica" 1973 y Premio Nacional de novela "Aquileo J. Echeverría" 1973. Excepcional novela en la que se evidencia a un narrador dueño por completo de sus recursos y, sobre todo, de una potencia expresiva inusitada.

Lo mismo aconteció con Carlos Luis Fallas. Tanto en nuestro país como en el extranjero son reconocidas las calidades de sus novelas: *Mi madrina*, *Mamita Yunai*, *Marcos Ramírez*. Pero era necesario elegir una y esa fue *Gentes y gentecillas*, la más extensa de sus narraciones y en muchos aspectos la más lograda, y sin duda una de las más notables obras de nuestra literatura.

Igual hecho se presentó con Fabián Dobles. No es necesario encarecer los méritos de *El sitio de las abas*, *Agua turbias*, *Los leños vivientes*, *En el San Juan hay tiburón*, *Una burbuja en el limbo*. Sin embargo, el texto preferido fue *Ese que llaman pueblo*, su primera novela, pero con valores destacados dentro de su intención en ese momento de clara influencia naturalista: crónica inmediata de una evidencia de injusticia social que a lo largo de sus posteriores libros se afirmaría como una forma de conciencia de nuestra realidad política.

Situación parecida surgió con Carmen Naranjo, cuya madurez conceptual y técnica narrativa se

enriquecen continuamente, como se advierte en sus obras: *Camino al medio día*, *Memorias de un hombre palabra*, *Responso por el niño Juan Manuel*, *Diario de una multitud*, quizá la novela que patentiza la plenitud de sus dotes de narradora excepcional. No obstante, el libro que la representa en la Colección es *Los perros no ladraron*, novela que data de 1966 y que significa el acercamiento directo a un mundo burocrático, mísero, de seres cosificados. En ella la autora deja al descubierto los más sórdidos escondrijos de la burocracia costarricense, y crea un clima realista, no exento de poesía en algunos instantes, que le permite, al mismo tiempo, hacer la crítica de la sociedad que describe.

En los otros casos casi no hubo dificultades. *La ciudad y la sombra* es la narración mejor cristalizada, incluso desde el punto de vista estructural, de Hernán Elizondo Arce. Pero entre ella, *La calle*, *Jinete y yo* y *Muerte al amanecer*, fue distinguida la obra, valiosa sin duda, que más popularidad le ha deparado: *Memorias de un pobre diablo*. *Final de calle*, de Quince Duncan (ganadora del Concurso Editorial Costa Rica, de 1978 y que fue de novela corta), imperó sobre sus otras dos importantes novelas: *Hombres curtidos* y *La paz del pueblo*. *Mansión de mis amores*, de Edelmir González, obra realista de ambientes regionales guacastecos, predominó sobre su otra narración, *Alma llanera*. *Los vencidos* (Premio Editorial Costa Rica de novela de 1976), de Gerardo César Hurtado, fue elegida entre sus otros textos narrativos: *Irazú*, *Los parques* y *Así en la vida como en la muerte*. En las otras escogencias no hubo motivo alguno de vacilación.

Todas las novelas se han agrupado en la Colección de conformidad con la fecha de la primera edición de cada una de ellas. Ahora bien, *La propia* (1910) de González Zeledón, *Lázaro de Betánia* (1932) de Brenes Mesén y *Juan Varela* (1939) de Herrera García, debido al reducido número de páginas de estas obras, se incluyeron en un sólo tomo (No. 6), el cual precede al que contiene *Pedro Arnáez* (1942) de María Cañas. Por la misma razón el tomo 24 de la colección está formado por las novelas, *Los juegos furtivos*, Alfonso Chase y *Los amigos y el viento*, Virginia Grüter; y el tomo 25 por *San Isidro*, Alicia Miranda Hevia y *Vispera*, Jorge Blanco.

En resumen, la extraordinaria Colección de 31 novelas constituye el más fascinante recorrido por los ámbitos terrestres y espirituales de nuestra patria, y demuestra, por otra parte, el talento, la evolución y la fuerza creadora de sus narradores. Cada una de las novelas revela, en efecto, momentos estelares del pueblo costarricense, sus luchas y sueños, sus angustias y esperanzas. Inquietudes, contradicciones, alegrías, miserias, y aún su propia contradicción.



A finales de esta década, se agudizaron las adversidades financieras de la Editorial. Como resultado de esta coyuntura económica y administrativa, la producción de libros sufrió limitaciones y demoras. Asimismo, la ECR debía establecer mecanismos que le permitieran comercializar sus obras; uno de estos lo supuso la Fundación de la Editorial Costa Rica. Con todo esta instancia resultó insuficiente.

Esto coincide con la perspectiva expresada por Cuevas en su libro *“Traspatio florecido”*. *Tendencias de la dinámica de la cultura en Centroamérica (1979-1990)*, donde afirma: “Una muestra de la crisis financiera en la que entran las instituciones culturales del Estado es la Editorial Costa Rica, la que se declaró virtualmente en quiebra en 1987, a pesar de que el Estado quiso mantenerle su apoyo otorgándole un terreno para construir sus oficinas⁵.”

La cada vez más fuerte presencia de concepciones políticas y administrativas de corte neoliberal apunta hacia la transferencia de esa función hacia el sector privado, que en algunos ámbitos (como el de las artes tradicionales) ha asumido ese rol paulatinamente. Se trata, sin embargo, de zonas de la cultura que eventualmente redundan, a mediano plazo, en inversiones lucrativas, como es el caso de las artes plásticas. Ahí donde los dividendos económicos no son claros, la iniciativa privada apoya reticentemente, como es el ejemplo de la Editorial Costa Rica, que publica autores nacionales”.

Los problemas internos de la Editorial se enmarcan en una época en la cual se registra una agudización de los cambios ideológicos, políticos y económicos, a lo cual se suma la aparición de políticas neoliberales. Específicamente, en el ámbito editorial, la producción de libros empieza a ser percibida ya como una industria, ante todo dirigida hacia la confección de textos didácticos.

5 El Estado le traspasó a la ECR un terreno de 641 m² ubicado frente al costado sur del Teatro Nacional, el cual formaba parte de propiedades adquiridas bajo la administración de Carazo Odio. La adjudicación se logró mediante su incorporación como norma presupuestaria, en la Ley 7040, artículo 38, inciso 6, publicada en el alcance número 13 de La Gaceta del 6 de mayo de 1987. Cabe destacar, que la Administración de esa época no concretó gestiones para el aprovechamiento de este espacio, por lo cual se perdió la posibilidad de emplearlo.

En este sentido se expresa Quesada cuando señala que esta fue una época de “ajustes estructurales”, y que “el “ajuste” implicaba la sustitución del Estado Nacional o el “proteccionismo”, por el Mercado Mundial o la “competencia”, como principios reguladores de la sociedad...el desestímulo de la producción nacional...el traslado de algunas de las principales funciones estatales a empresas privadas...”.

Desde 1990 hasta hoy...

En el inicio de la década del noventa se presentan altibajos en la vida institucional de la ECR, entre los que se puede mencionar los crecientes problemas económicos, la irregularidad en el pago de derechos, las dificultades de venta, el oneroso almacenaje de libros y los extensos plazos para la publicación provocaron la migración de algunos autores de gran prestigio, como Joaquín Gutiérrez, José León Sánchez, Lara Ríos, Nora R. de Chacón, Fabián Dobles, entre otros. Además, en ese momento comenzaron a emerger oportunidades en editoriales privadas, las cuales abrieron espacios a los autores nacionales, a la vez que creaban reglas de competencia por medio de la importación en gran escala de títulos de otros países. Este cambio exigía un viraje estratégico que la Editorial, sumida en conflictos internos, no pudo realizar oportunamente.

Su desarrollo se vio obstaculizado, en parte, como consecuencia de la falta de transparencia y de profesionalismo en la gestión administrativa, de políticas claras de venta, difusión y mercadeo, pero sobre todo por la ausencia de sinergia y confianza entre sus diferentes componentes estructurales: Consejo Directivo, Gerencia, Asesoría Legal y Auditoría.



Jorge Charpentier y Fernando Centeno Güell.

Todo esto generó tensiones, falta de claridad en las políticas, incertidumbre, una gama de visiones de cómo dirigir la entidad, roces y consecuencias a veces positivas y a veces adversas tanto para la propia institución como para su personal.

Cuarenta años después de su fundación, la Editorial enfrentaba un contexto totalmente distinto pero con las limitaciones que determinaba su misma ley de creación, a lo que se sumaban las discrepancias surgidas entre algunos de sus responsables.

A pesar de ello, un logro fue la producción de la *Colección 40 Aniversario ECR* (Colección de autores costarricenses del siglo XX), cuya edición fue aprobada por el Consejo Directivo el 8 de marzo de 1994 y que se publicó entre 1999 y 2000. La conformaron los siguientes títulos:

- *Crónicas coloniales*, de Ricardo Fernández Guardia
- *Dame la mano*, de Virginia Grütter
- *Doña Ana de Cortabarría*, de Manuel de Jesús Jiménez
- *El domador de pulgas*, de Max Jiménez
- *Gobierno de alcoba*, de Samuel Rovinski
- *La noche irreparable*, de José María Zonta
- *La sombra en el espejo*, de Emilia Macaya
- *Las puertas de la noche*, de Alfonso Chase
- *Los delitos de Pandora*, de Julieta Dobles
- *Los signos y el tiempo*, de Rosita Kalina
- *Memorias*, de Mario Sancho
- *Mundo de Tiripito*, de Delfina Collado
- *Noche en vela*, de Rima de Vallbona
- *Poesías escogidas*, de Lisímaco Chavarría
- *Relatos escogidos*, de Yolanda Oreamuno
- *Relatos escogidos*, de Carmen Lyra
- *Rítmico salitre / Poemas de la respuesta*, de Jorge Charpentier
- *Tres obras de teatro*, de Daniel Gallegos
- *Tres piezas teatrales*, de Alberto Cañas
- *Vigilia de la hembra*, de Lil Picado



Es preciso señalar que la selección fue polémica y que sus críticos argumentaron la desigual calidad de las obras que la componían.

Por otra parte, esta década marcó el surgimiento, en unos casos, y la consolidación, en otros, de autores que se mantienen vigentes. Tal es el caso de Ani Brenes, José Fernando Álvarez y Minor Arias, quienes obtuvieron el Premio Carmen Lyra en el género cuento con *Cuentos con alas y luz*, teatro con *Caminito del mar* y poesía con *Canción de lunas para un duende*, respectivamente.



Ilustración de Fernando Carballo, "Cuentos con dos cielos y un sol".



Ilustración de Fernando Carballo, "La nave de las estrellas".



Ilustración de Juan Manuel Sánchez, "Cuentos de mi tía Panchita".



Ilustración de Juan Manuel Sánchez,
"Cuentos de mi tía Panchita".



Ilustración de Francisco Amighetti, "Antología, Poemas para niños".

Además se destacan los que ganaron el Premio Editorial Costa Rica, por ejemplo, Milton Zárate con su poemario *Al final de la memoria* (1990); en ensayo, Margarita Rojas con *El último baluarte del imperio* (1995) y Jorge Ramírez Caro con *Las cenizas del sentido* (1999); y, finalmente, en novela, Mario Zaldívar con *Ahora juega usted señor Capablanca* (1995) y Alfonso Chase con *El pavo real y la mariposa* (1996).

Como señala Albino Chacón, quien fuera miembro del Consejo Directivo, en términos generales, este fue un periodo marcado por la pérdida o alejamiento de escritores emblemáticos. Adicionalmente, la institución fue incapaz de seducir a los autores jóvenes más importantes de las nuevas generaciones. Además, se concentraron los recursos en la reimpresión de los libros clásicos que se utilizan en el sistema escolar, con lo cual decreció la publicación de obras de primera edición relevantes en el ámbito cultural.

En otro orden de cosas, en 1996 el Gobierno de Japón, a través de su embajada en nuestro país, donó a la ECR un equipo litográfico. Este ha sido aprovechado a partir de 1999 con la firma de un convenio interinstitucional con la Universidad de Costa Rica, gracias al cual se han impreso 13.708.150 páginas, para un total de 101 libros publicados hasta la fecha.

Pero aún más dificultades esperaban a la Editorial al finalizar el milenio. En 2002 la Fundación afrontó graves problemas internos, administrativos, financieros y políticos, a tal extremo que la ECR rescindió el convenio de cooperación con ella. Más allá de las posiciones encontradas de las partes en conflicto, la realidad es que la relación había concluido. Una vez más, diferencias e intereses opuestos afectaban la marcha de la ECR; pero no lograrían impedir que sobreviviera.

La Ley de Financiamiento permanente vino en su auxilio, además de gestiones de venta de derechos a otras editoriales, lo cual permitió cierto grado de recuperación económica.

A partir de 2005, nuevos esfuerzos y decisiones de la Administración modificaron el panorama, sin que los problemas se hubieran resuelto totalmente; una dinámica operativa más adecuada, la consolidación del personal, la profesionalización de los mandos medios y el ordenamiento presupuestario permitieron sanear las finanzas y poner al día el pago por derechos de autor.

En el área de producción editorial se ha venido desarrollando un proceso para profesionalizar la tarea, a pesar de las condiciones poco propicias, y dar a nuestros libros una mayor calidad; se han ampliado las líneas editoriales y

se ha logrado armonizar las relaciones con autores y proveedores. Si bien un alto porcentaje de las obras que se someten a consideración de la Editorial no alcanza los estándares esperados, entre el año 2006 y el 2008 se han publicado 53 obras de primera edición; además, de reediciones y reimpressiones.

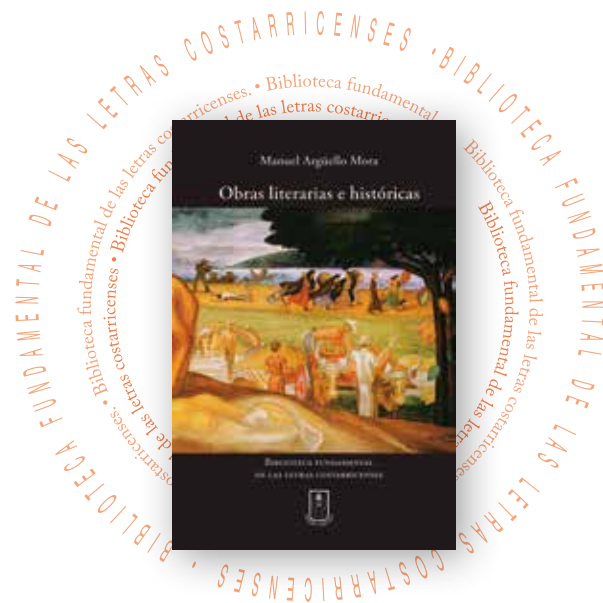
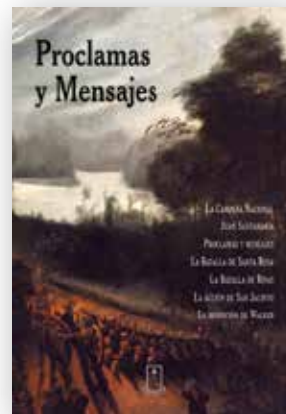
Otro aspecto relevante es la recuperación de libros y autores de trascendencia para el país, lo cual responde a los objetivos originales de la Editorial: acercar las obras más significativas a las nuevas generaciones de lectores.

Así, en el año 2006, se publica una serie de ediciones facsimilares conmemorativas del 150 aniversario de la Campaña Nacional contra los filibusteros, que constituyen la colección *Sesquicentenario*, con el auspicio de la Imprenta Nacional y de la Comisión del Sesquicentenario de la Campaña Nacional. Los libros que integraron dicha serie fueron:

- *Crónicas y comentarios*, de la Comisión de Investigación Histórica de la Campaña 1856-1857
- *Proclamas y mensajes*, de la Comisión de Investigación Histórica de la Campaña 1856-1857
- *Crónicas de la Guerra Nacional 1856-1857*, de Elías Zeledón Cartín (comp.)
- *La tea fulgurante: Juan Santamaría o las iras de un dios*, de Jorge Arroyo
- *El libro del héroe*, de Luis Dobles Segreda (comp.)

En consonancia con esta labor de rescate se publica la *Biblioteca fundamental de las letras costarricenses*, cuya edición fue aprobada por el Consejo Directivo el 7 de mayo de 2007. A la fecha la conforman los siguientes títulos:

- *Obras literarias e históricas*, de Manuel Argüello Mora
- *Diccionario de costarriqueñismos*, de Carlos Gagini
- *Al través de mi vida*, de Carlos Gagini



2009

La Editorial Costa Rica alcanza su cincuentenario con un trascendente pasado, a veces marcado por hondas cicatrices, pero con un ideal intacto y con la certeza de que debe ser preservado. Queda mucho por indagar sobre su historia y este es apenas el inicio del camino para quienes quieran ahondar en acontecimientos y personajes. Como sobre toda empresa humana, habrá distintas miradas para definir su incidencia en la cultura del país; sin embargo, esta memoria se ha propuesto registrar la notable lista de obras que de otro modo, probablemente, nunca hubieran visto la luz. Más allá del paso fugaz de las personas, de la fragilidad de las instancias, de los efímeros acontecimientos, las obras permanecen. Ese es el legado de estos cincuenta años de trabajo.

Pero lo que en realidad importa en este aniversario es el futuro. No es insignificante el reto ni es sencilla la tarea. La propuesta de modificación a la ley de creación que está presentando el actual Consejo Directivo pretende anticipar cambios imprescindibles y saludables en la institucionalidad de la Editorial. Es claro que también hemos de augurar para los años venideros un compromiso real de quienes asuman la responsabilidad de guiarla por rutas seguras y estables. Costa Rica es un país pequeño, pero este sueño ambicioso de hacer medio siglo merece mantener su exacta dimensión hacia el futuro. Y esa es la esperanza.



Imprenta Nacional y los libros

Como empresa pública del Estado la Editorial Costa Rica tiene como fin principal el fomento la cultura del país a través de la edición de obras literarias, artísticas y científicas de costarricenses y de extranjeros con mérito especial.

Para construir una estructura que permitiera desarrollar ese objetivo se creó una alianza –necesaria y conveniente– con la promulgación de la ley N° 5394, que en su artículo 3 indica que a la Junta Administrativa de la Imprenta se integraría un “delegado de la Editorial Costa Rica”. Con ello, la ciudadanía se aseguraría una efectiva fiscalización de que en la Imprenta “se publicaran todos los libros de la Editorial Costa Rica y del Ministerio de Cultura a un precio de costo o relativamente bajo, que abarataría las ediciones y multiplicaría el tiraje con beneficio para los estudiantes del país”.

Con la creación de esta ley en 1973, se evidencia que su propósito era no solo modernizar las instalaciones y los equipos de la entonces centenaria imprenta, sino aprovechar esa infraestructura, para que además de las labores usuales, se emprendiera una nueva vertiente de apoyo a las iniciativas culturales que el gobierno quisiera promover. En este contexto, se planteaba que la Imprenta Nacional debería mejorar para agilizar sus servicios y, además, para dar un

valioso aporte a la cultura del país, al publicar libros de la Editorial Costa Rica y del Ministerio de Cultura y Juventud.

Esta unión generadora permitió un nuevo accionar para la Imprenta Nacional, al incursionar en el campo de la razón y la reflexión. Anualmente se imprimen un promedio de 250 mil libros, la mayoría de obras de lectura obligatoria o recomendada, para los programas de enseñanza del Ministerio de Educación Pública, aunque también se incluyen textos de interés general, con un elemento muy importante, su costo es el más bajo del mercado.

Los convenios de coedición no han faltado en la agenda compartida de estas organizaciones, siempre que el interés común permita poner a la disposición de los costarricenses libros sobre nuestra historia, costumbres y valores patrios, tal es el caso de la Edición Conmemorativa del Sesquicentenario de la Campaña Nacional contra los Filibusteros 1856-1857, compuesta por las siguientes obras: “Crónica y comentarios” y “Proclamas y mensajes” de la autoría de la Comisión de Investigación Histórica de la Campaña Nacional 1856-1857; “El libro del héroe”, de Luis Dobles Segreda; “La tea fulgurante” de Jorge Arroyo y “Crónicas de la Guerra Nacional” de Elías Zeledón.

Gracias a esta labor conjunta se han publicado obras de reconocidos escritores y también de nuevos autores, además de obras en las que se entremezclan una lujosa colección de literatura infantil, ensayos, teatro, novela, arte, poesía y cuento; lo cual amplía y enriquece el disponible literario de la cultura nacional y el acervo intelectual del país.





UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA | Rectoría
Editorial Universidad de Costa Rica

Felicitan a la
Editorial Costa Rica

Por el arduo trabajo desarrollado durante 50 años en la difusión permanente de la producción cultural, científica y literaria del país, labor que sumada a la de la Editorial de la Universidad de Costa Rica y otras editoriales hermanas, ha contribuido al enriquecimiento del patrimonio literario nacional.

San José, 10 de junio del 2009

UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA

*"Para viajar lejos,
no hay mejor nave que un libro"*

Emily Dickinson

La Rectoría y la Editorial de la Universidad Nacional

felicitan a la

Editorial Costa Rica

decana de las editoriales costarricenses, al cumplir 50 años de llevar lejos a las y los costarricenses y centroamericanos con la publicación de obras imprescindibles y de gran aporte para el desarrollo nacional y regional.

Heredia, 10 de junio de 2009



La EUNED saluda a la
Editorial Costa Rica en su

50 Aniversario

unidos en el compromiso público de llevar el libro a todos
los lectores costarricenses





Editorial Tecnológica
de Costa Rica

Saluda a la
Editorial Costa Rica
decana de las editoriales costarricenses, al cumplir
50 años
de compromiso con la cultura por medio de la
publicación del libro nacional.

*Nos unimos a celebrar los
50 años de la Editorial Costa Rica
promoviendo la cultura y la educación*



**Cámara
Costarricense
del Libro**

LA CÁMARA COSTARRICENSE DEL LIBRO

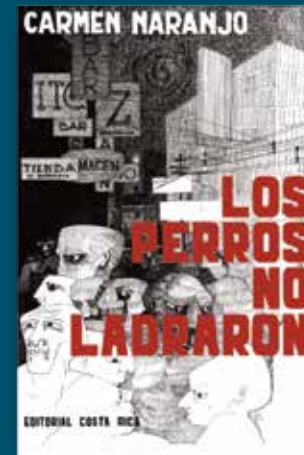
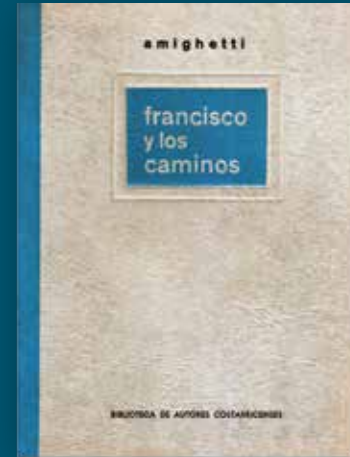
Felicita

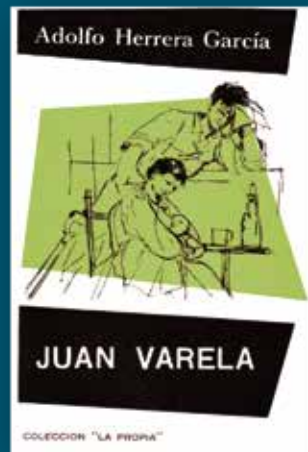
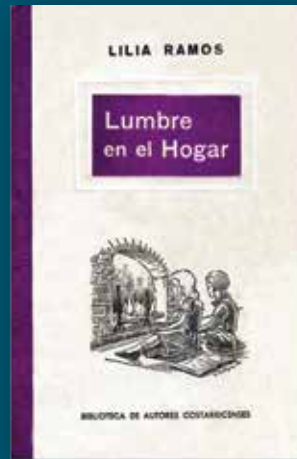
y se une al homenaje de nuestra asociada la Editorial Costa Rica
en su 50 aniversario de destacada labor en la producción y
promoción del libro, enriqueciendo la cultura en nuestro país.

Junio, 2009

Galería: 50 Años de portadas

1959-1968



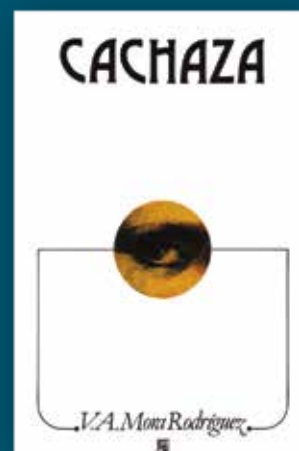
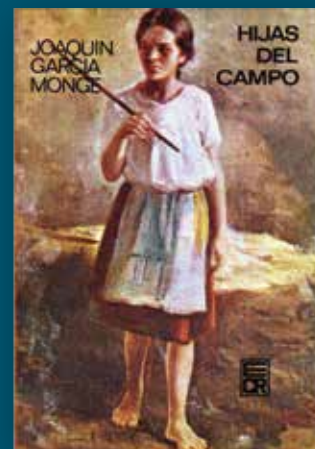
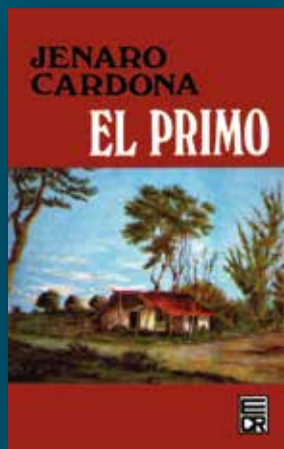


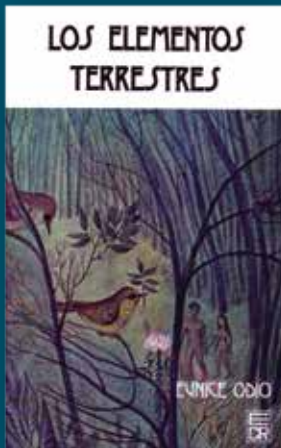
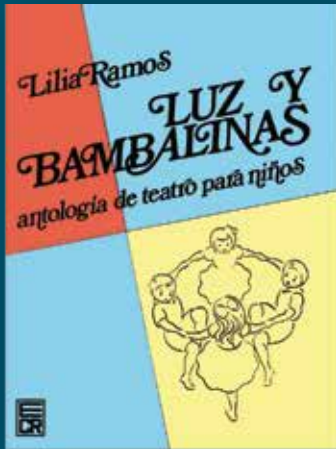
1969-1978



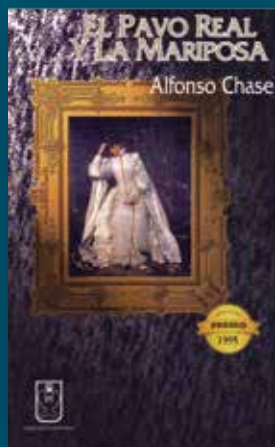
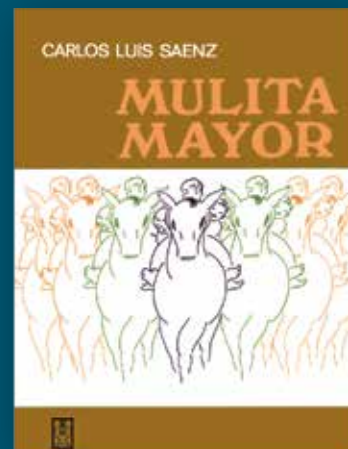


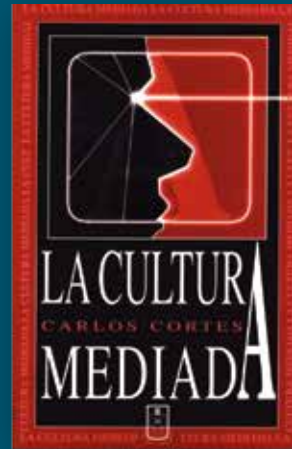
1979-1988



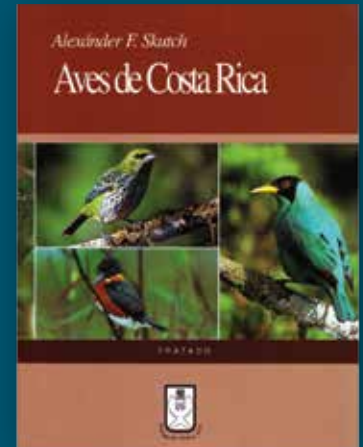


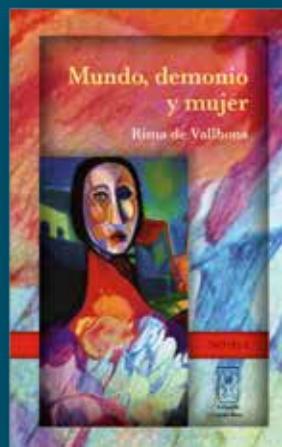
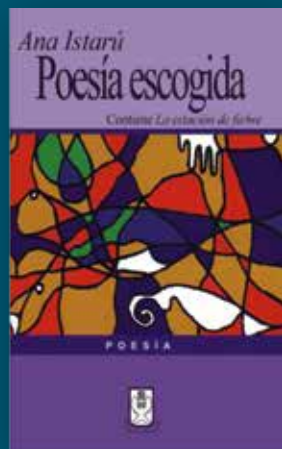
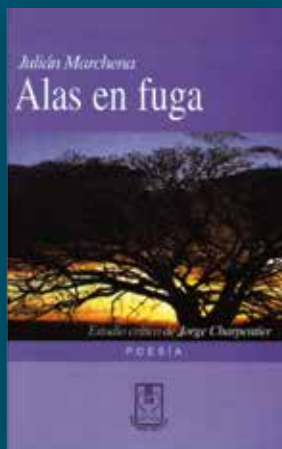
1989-1998





1999-2009







*Facsimil
de la exposición de
motivos para
la iniciativa de ley para
la creación de
la Editorial Costa Rica
presentado por Fernando
Volio Jiménez*

SECRETARIA

ASAMBLEA LEGISLATIVA:

El suscrito Diputado creyó oportuno en el año 1955 coordinar esfuerzos de autores y editores nacionales, tendientes a buscar la solución adecuada para dar a conocer editorialmente la producción literaria nacional y la artística. Para los efectos hubo convocatoria y consecuente reunión en el Ministerio de Relaciones Exteriores, con la anuencia y apoyo de los titulares, por ser el suscrito, en ese tiempo, funcionario de la mencionada Cartera.

Se decidió, en una primera asamblea de autores, designar una comisión redactora de un anteproyecto para la creación de una editorial del Estado. La comisión quedó integrada por doña Virginia Grütter de Moulaert, por don Fabián Dobles, por los profesores don Carlos Salazar Herrera, don Carlos A. Aguilar y don Arnoldo Herrera; por el ingeniero don Eduardo Jenkins Dobles, por don Gilberto Murillo, por don Antonio Lehman, por don Antidio Cabal González y el firmante. Esta comisión constituyó un comité formado por don Fabián Dobles, don Eduardo Jenkins Dobles, don Antidio Cabal y el suscrito, al que encargó específicamente de la redacción del anteproyecto. El comité terminó sus labores en el mes de febrero de 1956, y entregó el referido anteproyecto, por medio del Lic. don Alberto Cañas, Viceministro de Relaciones Exteriores en ese entonces, al Consejo de Gobierno, para su estudio. Aprobado que fue por el Consejo, éste nombró a los señores profesor don Uladislaw Gámez Solano, anterior Ministro de Educación Pública, y al Lic. don Alberto Cañas para que le diesen forma definitiva y así elevarlo a consideración de la Asamblea Legislativa. Por causas de fuerza mayor esta última fase del trámite del proyecto en cuestión, no fue realizado.

Recientemente una comisión designada por asamblea de autores acaba de estudiar y rectificar en algunos puntos el proyecto, que vengo finalmente a poner en conocimiento de los señores diputados.



El suscrito diputado declara la necesidad de que la futura editorial sea un organismo del Estado, con base en las siguientes razones:

ASPECTO CULTURAL. - Las actividades literarias y artísticas en nuestro medio han ido manifestándose con lenta pero creciente fuerza. Sin embargo, como es fácil observarlo, nuestros poetas, escritores y artistas no disponen de medios de publicación u otros propios, todos ellos de hacer llegar a conocimiento del público la existencia, realidad y calidad de sus obras. Con ello, indudablemente, se perjudica la más auténtica formación cultural de que pueda enorgullecerse un país, perjuicio tanto por lo que con tiene de lesivo contra la facultad creadora de nuestros poetas, escritores y artistas como por la privación que al país se hace de altos valores estéticos y espirituales.

ASPECTO ECONOMICO. - En Costa Rica no ha podido existir nunca una editorial nacional que respondiese normalmente a las necesidades de nuestra producción literaria y artística. Causa principal del fallo lo ha sido la absoluta falta de apoyo económico, cuyo origen debe buscarse en que no ha sido juzgado jamás negocio provechoso la publicación de libros o la reproducción artística. Siendo así las circunstancias económicas apuntadas, considero que únicamente el Estado puede subsanar o resolver permanentemente la situación descrita, subvencionando por ahora una editorial estatal y asignando en el futuro una renta específica y permanente.

ASPECTO JURIDICO. - La Constitución Política de la República de Costa Rica, en su artículo 89, indica que entre los fines culturales de la República está "apoyar la iniciativa privada para el progreso científico y artístico". Como se ve, nuestra máxima norma jurídica obliga al Estado a estimular la facultad individual creadora y a suplir la incapacidad económica



ASAMBLEA LEGISLATIVA
SAN JOSE, COSTA RICA

SECRETARIA

- 3 -

3

que los sectores literarios y artísticos pudieran tener para el logro de sus altos fines.

ASPECTO FUNCIONAL.- La autonomía es requisito indispensable para una editorial, pues mediante ella se garantiza más enteramente la integridad de la producción literaria y artística, al sostener por encima de todo otro interés que las obras deben publicarse únicamente por su valor y no de acuerdo con normas políticas o didácticas. Así, la editorial, seriamente encomendada a una labor que nada más contemple los valores estéticos y espirituales, defenderá la independencia del escritor y del artista y la expresión del pensamiento que con más fuerza responda a la verdad del arte y de la literatura, que son, en definitiva, irremplazables valores de formación social.

Ya anteriores a éste, otros proyectos para creación de una editorial del Estado fueron sometidos a la opinión pública, sin alcanzarse su logro.

En abril del presente año, el Poder Ejecutivo decretó la creación de una Editorial Nacional financiada por los fondos destinados para ese efecto en el Presupuesto General de 1958. Sin embargo, dicha editorial no es el instrumento adecuado para llenar las necesidades culturales que se persiguen.

Presidentes del Consejo Directivo

- 1960-1962: Enrique Macaya Lahman
- 1962-1966: Lilia Ramos Valverde; además Lolita Zeller de Peralta fungió como Presidenta interina en diferentes periodos de 1965 y 1966.
- 1966-1970: Alberto F. Cañas Escalante
- 1970: Carlos Meléndez Chaverri y Marco Tulio Zeledón Matamoros ocuparon el cargo en forma interina
- 1970-1974: Fernando Volio Jiménez
- 1974-1975: José Joaquín Ulloa Gamboa
- 1975-1978: Alberto F. Cañas Escalante
- 1978-1980: Federico Vargas Peralta
- 1980-1981: Pablo Jenkins Dobles
- 1982-1983: Carmen Naranjo Coto
- 1983: Bernardo Villalobos Vega
- 1983-1986: Vladimir de la Cruz de Lemos
- 1987: María Cecilia Crespo Varela
- 1987-1988: Alfonso Chase Brenes
- 1988: María Elena Carballo Castegnaro
- 1988-1990: Virginia Vargas Mora
- 1990-1992: José Antonio Camacho Zamora
- 1992-1993: Quince Duncan Moodie
- 1994-1996: Carlos Devandas Artavia
- 1996-1997: Amalia Bernardini Azzarini
- 1997: Jorge Charpentier García
- 1997-1998: Ricardo Méndez Alfaro
- 1998-1999: María Amoretti Hurtado

1999-2000: Jorge Charpentier García
2000-2003: Ricardo Méndez Alfaro
2003-2004: Albino Chacón Gutiérrez
2004-2005: Alegría Lores Lares
2005-2010: Claudio Monge Pereira

Gerentes de la ECR⁶

1966-1968: Víctor Julio Peralta Arias
1968-1970: Juan Amiguetti Ruiz
1970-1977: Carlos Alberto Arce Alfaro
1977-1978: Varios interinos: Manuel Pacheco Ramírez,
José Francisco Trejos Castro y Fabián Dobles
1978-1984: Virginia Guell Araujo
1984-1987: María de los Ángeles Nassar Pérez
1987-1988: Germán Hernández Valle
1988-1992: Habib Succar Guzmán
1992-1993: Patricia Cartín Bolaños
1994-1995: Sheila Di Palma Gamboa
1995: William Artavia García
1996-1998: Carlos Devandas Artavia
1998-2004: Habib Succar Guzmán
2004-2005: Guillermo Fernández Álvarez (interino)
2005-2006: Juan Carlos Santamaría Gutiérrez
2006-2009: María Isabel Brenes Alvarado

⁶ Antes del 3 de noviembre de 1986, al cargo de Gerente General se le denominaba Administrador General.

Edición aprobada en la sesión N.º 2280,
por el Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica.
Impreso en papel cuché y opalina,
en la Imprenta Nacional en el año 2009.

Consejo Directivo
de la Editorial Costa Rica

Presidente

Claudio Monge Pereira

Vicepresidente

Edwin León Villalobos

Secretario

Óscar Montanaro Meza

Directores

Albino Chacón Gutiérrez

Mabel Morvillo Frisone

Ramiro Rodríguez Vargas

Maribel Salazar Valverde

Jorge Trejos Valverde

Virginia Vargas Mora



Coedición aprobada en la sesión N.º 300 del 11 de febrero de 2009,
por la Junta Administrativa de la Imprenta Nacional.

Junta Administrativa
de la Imprenta Nacional

Presidenta

Ana Durán Salvatierra

Directores

Nelson Loaiza Sojo

Ricardo Méndez Alfaro

Ramiro Rodríguez Vargas

